

Frederick A. De Armas, *Don Quixote among the Saracens: a clash of civilizations and literary genres*, Toronto-Búfalo-Londres, University of Toronto Press, 2011, 237 páginas.

Con este sugestivo título, nacido de una reunión de cervantistas en la Universidad de Copenhague, el autor nos introduce en una reflexión sobre lo que supone el Islam y el mundo islámico en la mentalidad de los europeos del tránsito de los siglos XVI y XVII. Don Quijote de la Mancha, personaje que es al mismo tiempo intemporal tanto como hijo de un contexto histórico y humano específico, puede ser abordado desde perspectivas tan diversas y dispares como las que se proponen en los diez capítulos en los que se divide el presente trabajo. En principio, nos encontramos con un libro, como refiere la segunda parte del título, de géneros literarios, donde se intenta explicar los orígenes de muchos de los capítulos de la obra cervantina. Este análisis se hace de una manera metódica y bastan-

te ordenada, aunque en alguna ocasión resulta un poco reiterativa al realizarse continuas referencias encadenadas que se van repitiendo en los diversos subapartados del volumen.

Estamos, por lo tanto, ante una obra de erudición que sobrepasa en muchas ocasiones los conocimientos de un lector no excesivamente especializado en crítica literaria, que resulta muy sugerente al introducir conceptos culturales que atañen a la generación de hombres del segundo Renacimiento y del primer Barroco a lo largo de toda Europa. El sarraceno que estudia De Armas no es el musulmán con el que convive Miguel de Cervantes en sus años de cautiverio de Argel ni el otomano contra el que lucha en la batalla de Lepanto, como tampoco es el magrebí asentado en las afueras de la ciudad de Orán cuando hace labores de espionaje en torno a 1570. Tampoco es el morisco o el criptomusulmán con el que convive cuando regresa a Castilla o Andalucía, sino que se está refiriendo

a un ideal que es la contraposición al elemento cultural de la sociedad europea vigente desde el siglo XV. Es un ser más cercano al descrito en las novelas de caballerías, referencia continua a lo largo de todo el texto, que se describe como un *topoi* sobre el que no hace falta detenerse demasiado en sus caracteres, ya que forma parte del subconsciente colectivo de la sociedad que le invoca. Es el adversario de Palmerines y Amadises, de la misma manera que lo es de Quijotes y Emperadores. Esta razón explica que no se encuentren descripciones sobre los musulmanes del hidalgo manchego, ni referencias al diferente comportamiento de Cervantes con respecto a los seguidores de las predicaciones de Mahoma en las diferentes partes de su novela y del resto de sus obras. El sarraceno del que se habla en estas páginas recuerda las marionetas del teatro palermitano, las escenas de la *Jerusalén libertada* de Tarso o del Rinaldo de Haendel, una construcción intelectual que se acomoda, o no, a la realidad que se vive en el Mediterráneo de la Edad Moderna.

La conversión de esta figura como un referente cultural, alejándolo de la cotidianidad de los acontecimientos que vive el hidalgo en su periplo peninsular a lo largo de las dos partes de *El Quijote*, genera ciertas perplejidades. Muchas de ellas vienen motivadas por la falta de adecuación de los procesos explicativos sobre géneros literarios con las realidades concretas del contexto socio-político en el que vive Cervantes. Por referir un solo ejemplo, la explicación de la incorporación del *Plus Ultra* a los emblemas y la simbología de la Monarquía en la época de Carlos V se puede explicar por el descubrimiento de América o recurriendo a la teoría de la interpretación de las novelas de caballería, como se hace en este texto. Es un proceso interpreta-

tivo muy sugerente y atractivo que, sin embargo, obvia realidades concretas que atañen directamente al enfrentamiento con el Imperio Otomano a principios del siglo XVI y en la época de Felipe III. El Emperador se convierte en la representación del soberano que defiende a la Iglesia al pasar personalmente a combatir a los sarracenos en Túnez, como hicieron los emperadores romanos con los cartagineses, cuestiones que reitera la propaganda que realiza María de Hungría al encargar una serie de tapices al pintor Vermeyen, telas en las que el *Plus Ultra* es un motivo central de la representación. Felipe III, nada más llegar al trono, iniciará una agresiva política con respecto a los sarracenos, organizando empresas de conquista, expulsando a los moriscos, colaborando con los Safawíes persas o subvencionando sublevaciones en Grecia para desgastarlos a los turcos. En estos años se generaliza aún más el mito de que Carlos V es la encarnación de la lucha contra el Islam, usando reiteradamente las tapicerías referidas anteriormente en todos los actos públicos de la Corona para mostrar que su nieto sigue con sus mismas directrices, en un intento de emulación que resulta obvio.

Estas matizaciones, motivadas en gran parte por la proximidad del redactor de estas líneas a las series documentales de los archivos, no invalidan en ningún caso un sugerente trabajo que intenta dar un contexto cultural y literario a una novela que narra las hazañas de *Don Quijote*. Su relación con los sarracenos, o dentro de su influencia cultural, no se puede ni se debe explicar exclusivamente desde una óptica hispana, ya que de hacerlo sería imposible entender la universalidad del personaje y de los temas que trata, opción que ha sido la elegida por parte del autor. En los dos primeros siglos de la Edad Moderna existen una serie de tensiones

entre los dos poderes políticos asentados en el Mediterráneo que tienen su reflejo en muchas de las manifestaciones vitales de sus contemporáneos, no siendo los géneros literarios ajenos a ellas, como se aprecia perfectamente en estas páginas.

MIGUEL ÁNGEL DE BUNES IBARRA
IH-CSIC.

Anthony J. Cascardi, *Cervantes, Literature, and the Discourse of Politics*, Toronto, University of Toronto Press, 2012. 351 pp.

En los últimos años, varios estudiosos han explorado las relaciones entre la filosofía política barroca y la obra de Cervantes. Por ejemplo, Roberto González Echeverría en *Love and Law in the Age of Cervantes* propone una relación entre la creación del estado moderno y el corpus literario de Cervantes en la medida en que permite a Cervantes explorar las cuestiones del matrimonio y la ley en sus obras. Tomando este estudio entre otros como puntos de partida, Anthony Cascardi, en su nuevo libro *Cervantes, Literature and the Discourse of Politics* destaca en *Don Quijote* una tensión entre dos tipos de discurso político que se mezclan tanto en la primera como en la segunda parte. La primera es la teoría política, ejemplificada principalmente en los escritos de Platón cuyo propósito es teorizar sobre el *polis* ideal. La segunda es la ciencia política que utiliza un discurso más práctico que responde a cuestiones políticas del momento. Según el erudito, fue durante los siglos XVI y XVII con la publicación de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo y ciertas obras de Tomás Hobbes donde la política empezó a transformarse en una disciplina más bien científica que se centraliza mucho

más en esta dimensión práctica de la política. Para Cascardi, debemos entender *Don Quijote* y otras obras de Cervantes como parte de este esfuerzo de expresar un discurso político práctico pero esta vez a través de la literatura en lugar de tratados políticos. A la vez, reconoce que hay límites en la manera en que Cervantes puede expresarse debido a la censura durante la Contrarreforma. Por esta razón, Cervantes, siguiendo a Erasmo, expresa ideas políticas indirectamente, mezclando discursos cómicos y serios.

Dividido en nueve capítulos (incluyendo la introducción), el libro de Cascardi prueba estos argumentos a través de una exploración de dos preguntas relacionadas. En primer lugar, ¿hay una manera de reconciliar una teoría política cuyo objetivo es describir un estado ideal y una filosofía que toma en cuenta las cuestiones políticas del momento? Cascardi responde a esta pregunta en los Capítulos 2 hasta 6 cuando propone que los episodios en la primera parte de la novela se centran más en los elementos pre-políticos o constitutivos del Estado mientras que los episodios en la segunda parte describen cómo se puede ver los aparatos del Estado en la vida diaria de los ciudadanos. Tomando esta transformación como punto de partida, los Capítulos 7 y 8 analizan cómo ciertos géneros tales como el romance y la novela ejemplar ayudan a Cervantes a pensar en problemas políticos corrientes. En esencia, Cascardi muestra cómo estos géneros le ayudan a articular un discurso político apropiado para la Contrarreforma. Cascardi termina su estudio en el Capítulo 9 con una consideración de los límites inherentes que la literatura tiene en expresar cualquier tipo de discurso político.

Más particularmente, Cascardi comienza su segundo capítulo (*What the Canon Said* p. 20-49) con un análisis del

diálogo sobre el papel de la literatura en el *polis* entre el Canónigo de Toledo y Don Quijote (I, 47). Cascardi utiliza esta discusión para subrayar la importancia de Platón tanto en este debate como en la estructura misma del libro. Por un lado, según Cascardi, Cervantes adopta la observación platónica que considera el *polis* como una totalidad, entendida como la unidad entre teoría y práctica. El estudioso plantea además que se puede interpretar la locura de Don Quijote como una disyunción entre la teoría y la práctica. Por otro lado, reinterpreta el propósito famoso de Platón que la literatura son perjudiciales en la república y propone en cambio que sólo ciertas obras de fantasía, como los libros de caballerías, son perjudiciales porque son fantásticas e inverosímiles. A pesar de que esta mezcla entre la visión platónica de la función de la literatura y la visión aristotélica de la verosimilitud no es original *prima facie*, lo que es interesante en este capítulo es el grado en que Don Quijote y el Canónigo exploran cómo teorizar sobre la función política de la literatura.

Los próximos dos capítulos toman estas dos posturas platónicas y las glosan desde distintos puntos de vista. En el caso del tercer capítulo, (*Views from Nowhere*, p. 49-77) Cascardi explora las bases míticas de la teoría política, contextualizando el mito de la Edad Dorada (I, 11) tanto con fuentes clásicas (Platón, Aristóteles, Hesíodo, Ovidio, Cicerón y Seneca) como con tratados más contemporáneos (principalmente Antonio de Guevara's *Relox de Príncipes* de 1529). Aunque las fuentes de la Edad Dorada ya se ha estudiado, este capítulo gana originalidad cuando Cascardi relaciona el género del mito de orígenes y la filosofía política. Caracteriza los mitos como "view[s] from nowhere" porque no pueden funcionar en la práctica porque son fantasías

tanto como los libros de caballerías y no representa el mundo contemporáneo como es (p. 56). En este sentido, para practicar una filosofía política científica, los personajes, según el estudioso, tienen que dejar al lado las visiones míticas del mundo y practicar otro tipo de teoría.

En el Capítulo 4 (*Controversies* p. 77-99), Cascardi considera de nuevo la relación entre la teoría y la práctica en la filosofía política pero ahora desde un punto de vista retórico. Cascardi sostiene que el Discurso de las Armas y las Letras (I, 38) intenta reconciliar el conflicto entre una concepción teórica de la política y una práctica utilizando dos sistemas retóricos: la *controversia* que viene de los Pre-Socráticos y la argumentación dialógica. Muestra además cómo Don Quijote no tiene éxito porque estos sistemas no llevan soluciones verdaderas sino más preguntas. En este sentido, según Cascardi, el empleo de la *controversia* en El Discurso de las Armas y las Letras refleja la locura de Don Quijote. A pesar de las observaciones interesantes sobre el Discurso de las Armas y las Letras en este capítulo, lo que me parece más novedoso de este capítulo es su lectura política del episodio con el baciuelmo (I, 21) porque ofrece otra interpretación de un episodio normalmente asociado por la crítica con el perspectivismo cervantino. Más particularmente, Cascardi relaciona este debate onomástico con las críticas de Tomás Hobbes sobre el lenguaje en el Capítulo 4 del *Leviatán*, donde el filósofo inglés sugiere que puesto que la verdad es una característica del lenguaje no de las cosas, solo nombres que describen categorías generales pueden crear estados estables. Por consecuencia, la creación del nombre "baciuelmo", una palabra que no tiene referente en el mundo, es una burla de este tipo de teoría lingüística.

A través de los discursos analizados en los capítulos 3 y 4, Cascardi demuestra cómo Don Quijote se da cuenta de que no hay una verdadera separación entre la teoría política y la práctica política y en cambio son vinculadas. En los capítulos 5 y 6, Cascardi examina ciertos episodios de la segunda parte y propone en primer lugar que la presencia de la política en el *Quijote* de 1615 es más explícita y en segundo lugar que la experiencia de Sancho en Barataria es el único momento en ambas partes donde vemos un tratamiento directo de la política en *Don Quijote*. En el quinto capítulo (*The Practice of Theory* p. 99-130), Cascardi analiza tres episodios que funcionan como viajes teóricos que preparan a Sancho para gobernar Barataria más adelante en la novela. El primero es el descenso de Don Quijote en la Cueva de Montesinos (II, 23) que Cascardi entiende como un viaje teórico para el caballero andante. El estudioso pinta a Don Quijote como un *theoros* cívico, es decir, un viajero que observa todo y después de su viaje traduce su sabiduría teórica y la aplica a actividades prácticas que ayudan al Estado. Pero a la vez, el episodio de la Cueva de Montesinos complica la relación entre la verdad empírica y la visión corporal. (p. 111). Para Cascardi, vemos esta misma dicotomía en el encuentro con Maese Pedro, (II, 25-26) que es más bien un ejemplo de la visión distorsionada (p.119). Cascardi termina el capítulo con una consideración de cómo el viaje de Sancho sobre Clavileño (II, 41) prepara al escudero para gobernar Barataria cuando le enseña que necesita ser un rey virtuoso, entendido aquí como alguien que modera su soberbia.

Tomando estos episodios preparatorios en cuenta, Cascardi centra su sexto capítulo (*Politics Brought Down to Earth* p. 130-165) en el reinado de Sancho en la isla de Barataria. En primer lugar, se

enfoca en los consejos de Don Quijote a Sancho y sostiene que Don Quijote no ofrece una filosofía política que es científica, sino más bien, siguiendo a Aristóteles y la tradición erasmista renacentista, lo que es más importante es el carácter personal del rey (p. 141). Cascardi reflexiona también sobre el reinado de Sancho en Barataria y lo interpreta como una complicación del concepto maquiavélico del principado heredado y el principado ganado por fuerza expuesto en *El Príncipe*. En este sentido, Cervantes, según Cascardi, se alía con ciertos tratados en contra del Maquiavelo tales como: Guevara's *Relox de Principes* y otros arbitristas populares en la época de Cervantes. En síntesis, por medio del reinado de Sancho, Cervantes muestra cómo la transición entre una filosofía política que teoriza y una filosofía más científica es una simplificación (p.139).

Tras documentar esta transformación en los primeros seis capítulos, los Capítulos 7 y 8 piensan cómo ciertos géneros utilizados mayoritariamente en la primera parte, ayudan a Cervantes a pensar en problemas políticos de su época. En Capítulo 7 (*Imagining the Nation* p. 165-197), Cascardi explora hasta qué punto el género del romance ayuda a Cervantes a pensar en la problemática de la identidad nacional en la España barroca. Utiliza como sus ejemplos principales La Historia del Cautivo (I, 40) y los encuentros con Ricote y Ana Félix (II, 53-5, 63-5). Luego en el capítulo octavo, (*Civil Society, Virtue and the Pursuit of Happiness* p. 165-197), subraya cómo el autor utiliza el género ejemplar para comentar sobre el bien político y la virtud. Más concretamente, Cascardi lee las historias intercaladas de Marcela, (I, 14) Fernando y Dorotea, (I, 24-27) Cardenio y Luscinda (I, 36) y la historia del Cautivo como cuentos ejemplares sobre la virtud. Seme-

jante con otros capítulos en su estudio, Cascardi señala las raíces clásicas y renacentistas de estos conceptos, señalando cómo el concepto del bien común viene de los debates entre Platón y Aristóteles y está presente también en los escritos de Cicerón. Sin embargo, a diferencia de otros capítulos en este estudio, utiliza esta apertura para hablar sobre otras obras cervantinas aparte del *Quijote*; en este caso *El coloquio de los perros* y el prólogo de las *Novelas ejemplares*.

Para terminar su libro, en el capítulo noveno (*Free Speech* p. 236-263) Cascardi vuelve a pensar en dos paradigmas centrales para su análisis: el concepto de la restricción política y el habla indirecta. Aunque introduce estos conceptos en su introducción, es solo en este capítulo donde vemos la presencia de ellos al nivel textual. En primer lugar, plantea que el prólogo del *Quijote* de 1605 enfatiza los sistemas de restricción que gobiernan al autor físicamente (porque está en una cárcel) y que gobiernan el acto de escribir a *Don Quijote* (p. 236-237). Cascardi explica luego cómo Cervantes utiliza dos estrategias principales para burlarse de estos sistemas. El primero es el exceso de palabras o lo que se llama en la retórica clásica la diferencia entre el *brevitas* y la *copia dicendi*. Segundo, emplea el habla indirecta y muestra como Cide Hamete Benengeli es el modelo ejemplar del discurso indirecto que caracteriza ambas partes del *Quijote* (p. 244).

Tomando este resumen en cuenta, aunque el libro ofrece muchos argumentos interesantes para Cervantistas, se podrían destacar dos problemas. En primer lugar, la mayor parte del libro se centra en la habilidad de Don Quijote de expresar un discurso político que toma en cuenta tanto el aspecto teórico como el práctico de la política. No obstante, el episodio que culmina este proceso, la experiencia de

Sancho cuando gobierna a Barataria, se enfoca más en las acciones de Sancho. Sería interesante desarrollar un poco más cómo Sancho participa en este proceso de la expresión de una filosofía política que mezcla la teoría y la práctica en otros episodios del libro. Asimismo, al nivel estructural, aunque son muy interesantes y bien investigadas las observaciones de Cascardi sobre la relación entre ciertos géneros literarios y el discurso político, se puede imaginar todo un libro dedicado a los temas tratados en los Capítulos 7, 8, y 9.

En suma, *Cervantes, Literature and the Discourse of Politics* es un estudio muy bien trabajado e investigado. Al final, una lectura de este libro sería interesante no solo para Cervantistas que tienen interés en la relación entre Platón y Cervantes sino también para los que estudian la Antigüedad Clásica o la historia de la filosofía política del Renacimiento y el Barroco tanto en España como en Europa.

JAMES NEMIROFF
Universidad de Chicago

Zhongyi Chen, *Saiwantisi xueshu shi yanjiu* (Estudios sobre la historia de los estudios cervantinos), Nanjing, Editorial Yilin, 2011, 362 páginas.

Es bien conocida la broma histórica que, en su "Dedicatoria al conde de Lemos", realizó Cervantes en su segunda parte del *Quijote*: "Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería

que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote.” Pero lo que el escritor probablemente nunca imaginó es que, varios siglos después, sus palabras se harían realidad y *El Quijote* no solo se convertiría en un texto bien conocido en los colegios chinos sino que incluso se podría decir que hoy en día forma parte de la cultura general de cualquier ciudadano chino de a pie. Prueba de ello son las más de veinte traducciones que se han hecho hasta el día de hoy en lengua china, y las encendidas discusiones que se han producido respecto a cuál de ellas transmite en chino con mayor fidelidad y elegancia la inigualable prosa cervantina castellana.

Pero el interés por *El Quijote* en China no acaba en la traducción, y es por eso que acaba de ver la luz un estudio a cargo del Dr. Chen Zhongyi, director del Instituto de Literaturas Extranjeras de la prestigiosa Academia China de Ciencias Sociales, con el subtítulo en español de *Estudios sobre la historia de los estudios cervantinos* —la repetición de palabras está estilísticamente bien considerada en la lengua china— y en el que se realiza un recorrido por los estudios cervantinos desde el siglo XVII hasta nuestros días. Aunque no se trata del primer libro sobre Cervantes que se publica en China, sí se puede afirmar con rotundidad que es el más logrado y riguroso de entre los que han abordado este tema.

La obra se divide en dos partes. La primera de ellas (páginas 3-155) aborda la historia de los estudios cervantinos, desde el siglo XVII, y en ella se recogen minuciosamente los juicios sobre Cervantes a partir de las cartas de Lope de Vega, desgranándose cronológicamente los textos que aparecen en cada siglo, hasta la edición conmemorativa del siglo XXI con motivo del cuarto centenario de la aparición del *Quijote*, publicada por la

RAE y la Asociación de Academias de la Lengua Española. En este interesante estudio, Chen Zhongyi presta atención a la recepción que ha tenido la obra cervantina en el mundo, en especial en lengua española, inglesa, francesa, italiana, alemana y otras, entre las que tampoco podía faltar la china.

Para el mundo hispanohablante resulta especialmente interesante y novedoso el capítulo que se dedica a la recepción que el *Quijote* tuvo en China. Fue el escritor y estudioso Zhou Zuoren, en su *Ouzhou wenxue shi* (Historia de la literatura europea) de 1918, el primero en hacerse eco de la obra, cuya primera parte se tradujo y publicó en chino en 1922. La traducción inicial fue realizada conjuntamente por Lin Shu y Chen Jialin y se imprimió en la conocida editorial Commercial Press de Shanghai. Pero además algunos de los más famosos escritores e intelectuales chinos discutirán sobre las bondades o los males del espíritu quijotesco. Destacaría el interés que Lu Xun (1881-1936) mostró hacia la obra de Cervantes, cuya influencia se manifiesta en uno de sus más famosos relatos: “*A Q zheng zhuan*” (traducido generalmente como “La verdadera historia de A Q”), en donde la Q en el nombre del personaje protagonista se entendería como una referencia directa a Don Quijote. No es un tema baladí, puesto que Lu Xun está considerado el padre de la literatura china moderna y este es uno de los relatos sobre el que han corrido más ríos de tinta en China. Que Lu Xun conocía bien el *Quijote* está acreditado en otros ensayos suyos posteriores, como el de 1932, titulado “Los nuevos ‘Don Quijotes’ de la República de China” (*Zhonghua minguo de ‘Tang Jihede’*) y muestran sobradamente su conocimiento e interés por el autor español. Pero otros famosos escritores y críticos literarios chinos modernos como Yu Dafu,

Qu Qiubai, Tang Tao o Zhang Tianyi también prestaron atención a lo que se dio en denominar “el espíritu victorioso” del ingenioso hidalgo español.

El inicio de las reformas económicas, con el paréntesis del periodo maoísta, que bien se podría considerar un erial en lo que a la creación literaria respecta y más aún en cuanto a la crítica de la literatura universal en China, va a dar lugar a un renovado interés hacia Cervantes. Con la toma del poder por parte de Deng Xiaoping y el lanzamiento de una apertura política económica y social, en los años ochenta y noventa vuelven a retomarse las discusiones del periodo anterior a la fundación de la República Popular China. La elegante traducción de Yang Jiang, publicada en 1978, directamente del español –aunque ella me reconoció personalmente que se ayudó también de las traducciones francesas e inglesas– inauguró lo que va a ser una fiebre de traducciones del *Quijote*. Otras versiones más preocupadas por verter la literalidad del texto en chino van a ir apareciendo posteriormente, como la del profesor e hispanista Dong Yansheng de la Universidad de Estudios Extranjeros de Pekín, publicada en 1995. Y podríamos seguir enumerando muchas más, puesto que el número de traducciones o nuevas versiones se acerca a la veintena.

Pero el estudio de Chen Zhongyi no se circunscribe, ni mucho menos, al ámbito de los estudios cervantinos en China, sino que presta especial atención a lo acaecido en los estudios cervantinos del mundo entero. De ahí que tras un recorrido por los primeros traductores, divulgadores y estudiosos ingleses, franceses, italianos, alemanes, holandeses, tales como Thomas Shelton, César Oudin, Lorenzo Franciosini, Pahsch Basteln von der Sohle, o los hermanos Verdussen, por mencionar algunos, se repasen los grandes estudiosos

del Siglo de las Luces: Denis Diderot, Jean-Jacques Rousseau, y muchos más; y se dedique un amplio espacio a los famosos literatos y filósofos del XIX: Goethe, Schiller, Schelling, Heine, Marx, Sismondi, Byron, Wordsworth, George Sand, Stendhal, Merimee, Vigny, Valéry, Baudelaire, Flaubert, Saint-Beuve, Victor Hugo, Almeida Garrett, Turgenev, Dostoievski, Chernyshevski, Nietzsche, Smirke, Pinelli, Viardot o Mark Twain, sin olvidar naturalmente a los españoles, desde Fernández de Navarrete hasta Menéndez y Pelayo, y sin faltar los músicos y artistas que han dejado plasmada la influencia cervantina en su obra. Ya entrado el siglo XX, en el denominado siglo de la crítica, se pone de manifiesto cómo proliferan los estudios cervantinos en las diversas escuelas literarias y filosóficas, tanto formalistas rusos como narratólogos franceses, así como impresionistas, expresionistas, hermenéuticos, freudianos, post-estructuralistas e incluso corrientes feministas. En este “final sin fin”, Chen Zhongyi ofrece también un vistazo inicial al incipiente siglo XXI.

En la segunda parte de este estudio (páginas 159-303) se revisan los debates principales, agrupando las cuestiones más sobresalientes que se han discutido en la historia de los estudios cervantinos en siete capítulos. Los títulos de dichos apartados ofrecen una pista de lo que se recoge en el texto: “Contradicciones y prejuicios cervantinos”, “La sátira y la parodia cervantinas”, “Sobre la imaginación y la realidad en Cervantes”, “El *Quijote*: la casualidad e inevitabilidad clásicas”, “Sobre la negación de la negación y el conocimiento del conocimiento”, “*Don Quijote* y la oposición clásica” y “El *Quijote* y el movimiento renacentista”. Son múltiples los temas que se tratan en esta segunda parte, escrita más en forma de

ensayo y en donde Chen Zhongyi deja entrever su posición frente a la obra cervantina y en relación con los grandes clásicos de la literatura china y trata temas tan dispares como la traducción literaria, la canonización y des-canonización de las obras literarias, la comedia a la luz de la tradición mundial, e incluso los problemas de la globalización y muchos otros.

El libro finaliza con una recopilación bibliográfica, con apartados independientes para los estudios cervantinos en español (páginas 305-325), en inglés y otras lenguas (páginas 325-336), y un glosario en chino y en la lengua original de los nombres (páginas 337-349) y de los títulos, revistas y periódicos (páginas 350-362) que aparecen en el libro. Estos dos últimos apéndices, se agradecen especialmente, ya que es infrecuente encontrar glosarios tan detallados en las publicaciones chinas y resulta sumamente útil encontrar las equivalencias de muchos nombres, términos y textos extranjeros en chino.

En su conjunto, la erudita obra de Chen Zhongyi se podría considerar un texto de obligada lectura para cualquier estudio que quiera acercarse a la literatura de Cervantes. El hecho de que el libro esté publicado en lengua china impedirá su lectura a muchos académicos españoles y de otros lugares del mundo, pero no será así con los numerosos especialistas chinos que conocen bien el español y son lectores habituales de *Anales Cervantinos*, y para quienes, sin duda, a partir de ahora, este libro es una referencia obligada para los estudios cervantinos.

TACIANA FISAC BADELL

Centro de Estudios de Asia Oriental
Universidad Autónoma de Madrid

Georgina Dopico Black y Francisco Layna Ranz, (eds.) *USA Cervantes. 39 cervantistas en Estados Unidos*, Madrid, Ediciones Polifemo y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, 1220 pp.

He aquí una obra singular, nunca antes –en lo que se me alcanza– intentada; y muy valiosa. En ella se reúnen treinta y nueve trabajos inéditos de otros tantos cervantistas residentes en los Estados Unidos de América. Son trabajos muy distintos que ofrecen un panorama diverso de las maneras en que Cervantes y su literatura se estudian por nuestros colegas del otro lado del océano Atlántico. Como indican sus editores, muestran una amplísima variedad de acercamientos y enfoques, al tiempo que “dialogan –a veces de forma inesperada– entre sí de múltiples maneras” (p. 15). No es difícil, en este sentido, poner en relación el de Rogelio Miñana (“Nación de Quijotes: *Don Quijote* en el discurso político contemporáneo”, pp. 901 y ss.) con el de Jacques Lezra (“Filología y Falange”, pp. 761 y ss.), incluso con el de E Michael Gerli (“¡*Caveat Lector!*: la filología dentro y fuera del *Quijote*”, pp. 587 y ss.); o el de Isabel Lozano (“*Rinconete y Cortadillo* o el renacimiento de un género olvidado”, pp. 803 y ss.) con el de Bárbara Fuchs (“‘A Italia la pluma’: Ironía e imperio en las *Novelas ejemplares*”, pp. 517 y ss.); también el de David A. Boruchoff (“‘Competir con Heliodoro’: Cervantes y la crítica de una leyenda”, pp. 181 y ss.) con el de Stanislav Zimic que cierra la sección de artículos (“La literatura bizantina de Cervantes”, pp. 1161 y ss.). En su diversidad, el lector encontrará ideas, expresiones que podrá poner en relación con lo escrito en otros lugares del volumen que en su conjunto, ofrece un contenido académico denso, valioso

y revelador, en el que se reúnen investigadores de todo el escalafón académico norteamericano. Unos pocos años antes, en 2002, se reunió un grupo de jóvenes cervantistas estadounidenses bajo el auspicio del Instituto Cervantes de Chicago; al año siguiente se publicaron *Estas primicias del ingenio. Jóvenes cervantistas en Chicago* (Edición de Francisco Caudet y Kerry Wilks, Madrid: Castalia), donde aparecen trabajos de, entonces sí, jóvenes cervantistas, que en el volumen que ahora reseño se han convertido en sólidos valores del cervantismo como Bruce R. Burningham o Rogelio Miñana.

No quiero hacer aquí un resumen detenido de cada una de las aportaciones (treinta y siete artículos más la transcripción de un debate sostenido por Daniel Eisenberg y Tom Lathrop en torno a “Los errores del *Quijote*”, moderado por Michael McGaha): no sólo haría esta reseña muy extensa, sino que los editores del volumen, con criterio certero, han incorporado al inicio del mismo “una guía descriptiva”, que me exonera de redactar algo parecido. Además, confieso, aún siendo muy valioso el contenido de cada uno de los trabajos publicados, para mí el oro del volumen reside en las páginas preliminares de las contribuciones donde cada cervantista relata con pormenor el origen y desarrollo de su cervantismo: cómo llegaron a Cervantes, cuales fueron sus primeros pasos en esta parcela del mundo académico, sus principales aportaciones y logros, su imbricación en otros temas y autores que les interesan. Se trata casi de pequeñas autobiografías intelectuales, ceñidas a veces sólo a la parte cervantina, pero que en algunas ocasiones alcanzan mayor vuelo hasta el extremo de encontrarnos a quien pone en relación su trayectoria como cervantista con la personal y de crítico literario académico; hay un caso ejemplar: el de Carroll B.

Johnson (pp. 727-729), tristemente fallecido mientras se gestaba este volumen y a quien va dedicado. Tampoco me resisto a mencionar las páginas de Francisco Márquez Villanueva, quien describe con optimismo el estado actual de esta parcela del hispanismo: “me apresuro a declarar que sólo tengo motivos de satisfacción, porque el cervantismo del siglo XX ha sido en sí mismo un gran logro de orden colectivo [...] cumplo con expresar una medida de satisfacción ante la realidad actual del cervantismo como la parcela tal vez más productiva de todo el latifundio hispanista. Hemos tenido, bajo módulo ecuménico, una constelación de maestros, amplio abanico de escuelas y de metodologías, así como saludable diversidad de revistas, asociaciones y congresos. En estos últimos años, ediciones monumentales, tareas colectivas como la *Gran enciclopedia cervantina* en curso, amén de traducciones directas a las lenguas más remotas, pero también infinitamente prometedoras. ¿Cómo iba a soñar ningún joven de los años cincuenta con asistir a un congreso cervantino organizado por nuestros bravos colegas de la lejana Seúl?” (p. 824). Puedo dar testimonio de aquel encuentro de 2004 en Seúl, organizado conjuntamente por la Asociación Coreana de Hispanistas, el Instituto de Estudios Iberoamericanos de la Universidad Nacional de Seúl y la Asociación de Cervantistas. Y puedo constatar el amplísimo número de ponencias presentadas entonces, casi una cincuentena; y su variedad, que confirmó la vitalidad de los estudios cervantinos; y la pujanza del hispanismo coreano: una grata realidad que quedó confirmada de manera rotunda. Además, ese coloquio no se redujo sólo a eruditas aportaciones, sino que permitió al tiempo el intercambio de pareceres e ideas, la amena conversación, el reencuentro de viejos amigos y la celebración de un

coloquio paralelo en lugares menos académicos...Y, en fin, proporcionó ocasión para el abrazo entrañable entre los decanos del hispanismo en Asia, Kim I Bae, y del cervantismo, Francisco Márquez Villanueva: simbólica imagen que vino a rubricar gráficamente la mayoría de edad del hispanismo coreano, que cumplió ese año sus bodas de oro.

Me he detenido en las páginas escritas por Carroll Johnson y Francisco Márquez Villanueva, pero todos los textos previos a los artículos son muy interesantes, valiosos y útiles, pues rematan con la bibliografía cervantista de cada uno de los investigadores; casi se podía hablar de una antología consultada del cervantismo en U.S.A., al estilo –salvando todas las distancias– de la clásica *Antología consultada de la joven poesía española* que Gerardo Diego publicó en 1952.

Hay alguna llamativa ausencia: Isaías Lerner, Julio Rodríguez Luis, Luis A. Murillo, Alban Forcione, Joseph V. Ricapito, Dominick Finello, Helena Percas de Ponseti...; no es un reproche, más bien una invitación a un segundo tomo similar al que ahora reseño.

El volumen, de gran formato y extensión (más de mil doscientas páginas), ha sido editado con pulcritud por la editorial Polifemo en colaboración con el CSIC; esta pulcritud incluye una letra agradable que favorece su lectura.

Es un libro, finalmente, que invita al diálogo: al diálogo entre escuelas y métodos críticos, entre hispanistas e hispanismos, entre asociaciones y entidades; me quedo con este mensaje, tan cervantino, expresado rotundamente por sus editores: “[...] sale al aire con igual ánimo de seguir tendiendo puentes, de trazar avenidas críticas de ida y vuelta, de contribuir a una mayor interacción de intereses en el cervantismo” (p. 14).

JOSÉ MONTERO REGUERA
Universidad de Vigo

Christian Hagedorn, *Don Quijote por tierras extranjeras. Don Quijote peregrino, cosmopolita y universal* (Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2007, 2009 y 2011, 3 vols.)

Hercúlea empresa esta que el profesor Hans Christian Hagedorn viene coordinando desde 2005 y publica la Universidad de Castilla La Mancha en forma de tres tomos, con títulos complementarios, a la espera de, al menos, un cuarto. Me refiero a *Don Quijote por tierras extranjeras. Aspectos de la recepción internacional de la novela cervantina* (Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2007, 376 pp.); *Don Quijote, cosmopolita. Nuevos estudios sobre la recepción internacional de la novela cervantina* (Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha 2009, 470 pp.) y *Don Quijote en su periplo universal. Aspectos de recepción internacional de la novela cervantina* (Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha 2011, 474 pp.).

En estos tres tomos se reúnen cincuenta y cuatro trabajos (dieciséis, dieciocho y veinte, respectivamente) en los que desde una “perspectiva comparatista, panorámica y multidisciplinar” (2007:11) se abordan aspectos muy diversos de la recepción del *Quijote*. El primero, más restrictivo, da cabida a trabajos procedentes de las filologías alemana, árabe, francesa, inglesa e italiana, y de la literatura y cultura universales –un título general que permite la incorporación de textos muy diversos sobre las huellas que la novela cervantina ha dejado en la literatura y cultura de muchos países–. El

segundo incluye, además de los campos mencionados, el de la filología hispánica (Borges, Vargas, Llosa, etc.) y el último se abre a las filologías eslavas, húngara, griega y hebrea. Esta ampliación de las áreas temáticas del proyecto da idea de su potencial.

Los tres libros siguen un esquema general: tras las habituales presentaciones de la autoridad de turno (vicerrectores varios), se incorpora un prólogo del editor en el que reiteran las directrices generales de cada uno de los libros (siempre coincidentes) y un resumen orientador de cada una de las aportaciones. Luego siguen los artículos organizados según el ámbito al que pertenecen y se cierra cada volumen con una biografía breve de cada uno de los participantes, entre quienes cabe encontrar desde cervantistas ya renombrados a otros que se inician en este campo, traductores, germanistas, etc.

El primero de estos volúmenes (2007) se abre con un capítulo muy generalizador sobre el *Quijote* como prototipo de la novela moderna en el que el autor, Juan Bravo Castillo, repite, revisado y abreviadamente, un capítulo de su manual *Grandes hitos de la historia de la novela euroamericana* (Madrid: Cátedra, 2003). Útil para este manual, se queda insuficiente como obertura de este *Don Quijote por tierras extranjeras*: insuficiente pues en un libro destinado a un lector no exclusivamente cervantista, pero sí mayoritariamente, se encontrará acarreo de textos ya muy anticuados (Alborg, Ángel del Río), al tiempo que llamativas omisiones: no acierto a comprender cómo en un capítulo titulado “*Don Quijote* como prototipo de la novela moderna”, donde abundan las referencias bibliográficas de todo tipo, no se menciona el ejemplar libro de Stephen Gilman: *The Novel According to Cervantes*, Berkeley: University of California Press, 1986. (Hay traducción

al español: *La novela según Cervantes*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993). En menor medida, pero con ideas espléndidas sobre este particular, también echo de menos el libro de Carlos Fuentes: *Cervantes o la crítica de la lectura* (Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1994).

De la generalidad, quizás excesiva, se pasa a la particularidad: en Alemania con tres artículos muy distintos pero igualmente interesantes sobre Thomas Mann, Wilhelm Hauff y Peter Handke. Léase, en cambio, con prevención el dedicado a *Madame Bovary*: se hacen innecesarias las tres primeras notas, como también la reflexión de la página 156 que asocia la declaración cervantina en el prólogo de las *Novelas ejemplares* (“Yo he sido el primero...”) al *Quijote*. Corrija, en fin, ese *Segismunda* con el que se rebautiza (p. 157) la novela póstuma cervantina. El artículo ha de completarse con el que dedica Jean Canavaggio en el volumen de 2009 (pp. 111-125), aunque publicado previamente en francés (2005), y, para una visión más ajustada, complementarse con los trabajos que ha dedicado a la cuestión Patricia Martínez García en la *Gran Enciclopedia Cervantina, Mélanges de la Casa de Velázquez*, etc., entre 2006 y 2008. La parte francesa se cierra con un trabajo más, sobre la presencia de la novela cervantina en el teatro francófono de Ontario (Canadá), que añade un capítulo tan interesante como poco conocido de la proyección de la novela cervantina.

La filología inglesa ofrece un análisis muy generalizador de las visiones de Don Quijote en el romanticismo inglés (Beatriz González Moreno), un análisis de la traducción de frases idiomáticas en las versiones de Shelton (1612 y 1620), a cargo de Eduardo de Gregorio Godeo y Silvia Molina Plaza; un acercamiento al amplio “abanico de personajes quijotescos que

recorren la geografía literaria de Thomas King” (p. 232), de Ana Manzanar Calvo y Jesús Benito Sánchez (con título, además, revelador de cómo nos hemos apropiado de frases cervantinas modificadas con el tiempo: el “con la iglesia hemos dado, Sancho” se convierte en “Con la iglesia hemos topado”, variante popular extendidísima); y se cierra con la visita de don Quijote a Nueva York, en este caso de la mano de Paul Auster finamente analizado por Ángel Mateos-Aparicio Martín-Albo.

Dentro del campo de las filologías, la última en recibir atención es la italiana, con un espléndido trabajo de Elena Marcello sobre la presencia del *Quijote* en el teatro italiano a caballo entre los siglos XVII y XVIII.

Los últimos trabajos del volumen, bajo ese título general arriba mencionado, ofrecen estudios de iconografía (los molinos de viento, que fue, por cierto, el tema del discurso de ingreso en 1952 de Juan Sedó Peris-Mencheta en la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge: *Embrujo y riesgo de las Bellas Artes*, luego publicado con numerosas ilustraciones); musicología y tradición cultural (el amor de oídas, fuentes musicales medievales y recepción posterior), donde Pastor Comín ofrece materiales muy interesantes a los que quizás convendría añadir el ya clásico estudio de José Filgueira Valverde (“Don Quijote y el amor trovadoresco”, *Revista de Filología Española*, 32, 1948, pp. 493-519); y sobre Dulcinea y su presencia en otras literaturas, bien trenzado.

Siguiendo la misma estructura del primero, el segundo se abre con los estudios de filología alemana (Heine, la primera revista de literatura comparada, estrategias traslativas en las traducciones de Tieck [1799/1801] y Rothbauer [1964]); a estos sigue el que ofrece, para mí, una mayor novedad, pues Francisco Manuel Rodríguez Sierra informa de los elemen-

tos con los que se ha divulgado el *Quijote* en el contexto árabe: “[...] una obra cumbre de la literatura universal que resulta familiar al lector árabe actual por los elementos árabes y musulmanes que saltan aquí y allá en su universo narrativo; todo ello, junto a ser la obra la expresión de la oposición esencial de razón e idealismo, constituye la base y fundamento de la recepción del *Quijote* en el ámbito cultural árabe” (p. 105).

El maestro Canavaggio inaugura la sección francesa con el artículo ya mencionado sobre “Flaubert, lector del *Quijote*”; siguen a este tres más sobre aspectos muy distintos: el *Quijote* en Bélgica, en el vaudeville francés del último tercio del siglo XIX y una visión de conjunto, muy bien hecha, de las imitaciones francesas en el siglo XVII (Cristina Sánchez Tallafío, pp. 185-215).

El ámbito hispánico (sección novedosa con respecto al volumen previo) ofrece relecturas cervantinas de Borges, de Teresa de la Parra, de la novela policíaca hispanoamericana y de Vargas Llosa. Muy distintas cada una de ellas, se complementan entre sí y amplían el campo de posibles influencias de Cervantes. Muy reducida es en esta ocasión la presencia de la filología inglesa: sólo dos trabajos, de muy diverso tenor; el primero de ellos, analiza algunos *Quijotes* femeninos, a los que yo llegué de la mano de los estudios de Javier Pardo, aquí olvidados; el segundo, de López Cirugeda, vuelve sobre la obra de Graham Greene, *Monsignor Quijote*, no desconocida para el cervantismo (Eduardo Urbina, “Forse altri canterà...’ nuevos avatares del mito quijotesco en *The Mosquito Coast*, *Monsignor Quijote* y *Don Quixote* (1986)”, AA. VV., *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*, Newark, DE: Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 1991, pp. 293-305).

En la sección más general vuelven los trabajos sobre las ilustraciones (¿Qué riqueza tener a nuestra disposición ahora –desde diciembre de 2005– de manera absolutamente gratuita miles de ilustraciones del *Quijote* en el *Banco de Imágenes del Quijote* [<http://www.qbi2005.com/>]), que dirige José Manuel Lucía Megías!); el cine (*Don Quijote –El curioso impertinente–* en Hollywood; y en Rusia, por medio de la película *Solaris* [1972] de Andrei Tarkovski). Un texto poco conocido del jurista filo-nazi Carl Schmitt es el objeto del estudio de Reinhard Mehring, que incluye una traducción completa al español (“Don Quijote y el público” [1912], pp. 396-400). Se cierra el volumen con una nueva *mise au point* en torno a la lectura del *Quijote* efectuada por los dos Migueles, Bajtín y Foucault, al estilo de la que yo elaboré hace unos cuantos años (*El Quijote y la crítica contemporánea*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997, s.v.). Bien en su planteamiento y desarrollo, me parece insuficiente el acervo bibliográfico, al menos en la parte bajtiniana: se cita un artículo de Redondo, pero no su *magnum opus* cervantina donde las ideas bajtinianas afloran por muchas de sus páginas y en el prólogo se relata la manera en que el profesor Redondo llegó a Bajtín en el contexto de otros estudios propios y ajenos (*Otra manera de leer el Quijote*, Madrid: Castalia, 1997). De igual manera, a dos grandes hispanistas en los Estados Unidos se debe otros tantos acercamientos bajtinianos: Elías L. Rivers y Manuel Durán. El prólogo, en fin, de Fernando Lázaro Carreter a la edición del *Quijote* del Instituto Cervantes incorpora también sabias consideraciones al respecto.

El tercero con portada, como el segundo, mucho más rica y sugeridora que el primero, sigue la misma estructura que los anteriores; en este caso son las filo-

logías germana y eslava (novedad digna de encomio), las que reciben una mayor atención: cuatro trabajos cada una; por la alemana: El *Quijote* en la república de Weimar y el tercer Reich (1919-1945), el autor Fritz Rudolf Fries, que “representa un caso excepcional dentro de la literatura germano-oriental por la relevancia que adquiere en su obra y en su biografía la presencia de lo español e hispánico” (2011:67); el *Quijote* en la ilustración alemana y su influencia en la creación de la novela popular, y Don Quijote en Suiza (s. XX). Por la eslava: Turgeniev, las traducciones al serbio, la Ilustración y Romanticismo rusos, y algunos textos que reinterpretan, al calor de la revolución bolchevique de 1917, el texto quijotesco (Lunacharski [1922] y Bulgalkov [1937-1938]).

Se suceden, ordenadamente, las huellas del *Quijote* en la literatura belga (François Maret), en Grecia (Kazantzakis), en la literatura hebrea (parodias); la literatura hispánica da cabida a Augusto Roa Bastos (*Yo el supremo*). Se presenta también un esbozo de la recepción en Hungría que da paso a aportaciones desde la filología inglesa: Jack Kerouac y John Clellon Colmes; relecturas del personaje de Rocinante en U. S. A., y el trabajo de Javier Pardo, tan novedoso, sobre *Quijotes* perdidos en la época victoriana: un magnífico capítulo de historia literaria.

La filología italiana encuentra en las figuras de Carlo Gozzi y Máximo Bavastro sus objetos de atención por medio de artículos en los que la erudición corre parejas con la finura crítica.

Dejo para el final de un libro con muy importantes y distintas aportaciones las que a mí me han interesado más, a caballo entre la hispanística y la historia de la crítica literaria. Me refiero, en primer lugar, al de Hans Jörg Neuschäfer que recuerda, evoca y valora a tres grandes

romanistas que se acercaron al *Quijote*: Spitzer, Auerbach y Krauss (pp. 249-266). Toda una lección de historia cultural realizada desde el conocimiento personal, la reflexión crítica de las ideas de aquellos y su certera síntesis.

Por su parte, María Belén Hernández González (“La contrafigura de don Quijote en la teoría literaria de Pirandello”, pp. 411-438), ofrece una clarividente relectura del cervantismo de Pirandello insertada en el contexto crítico italiano contemporáneo del autor y en su propia evolución crítico-literaria. Muy erudito y repleto de datos para mí desconocidos, amplía la perspectiva del cervantismo pirandelliano, que casi siempre se ha querido reducir *L’umorismo* (1908); de la mano de Hernández González se extiende a otras obras y al epistolario personal del escritor.

Me han interesado mucho estos tres volúmenes coordinados por el profesor Hagedorn; he procurado dialogar con ellos y destacar su valor, extraordinario, sin duda, pues contribuyen de manera notable a entender aquello que Azorín supo expresar antes y mejor que nadie: el valor del *Quijote* como un clásico en el sentido moderno del término; he aquí donde reside su gran riqueza, que tras-pasa tiempos y lugares, esto es, la razón por la que es libro, como ningún otro, que sigue atrayendo y captando lectores allá por donde va; como obra clásica y moderna a la vez, que ha sabido seguir diciendo cosas aunque los tiempos y los lugares cambien: “Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico si no refleja nuestra sensibilidad. Un autor clásico es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras sus autores; las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote*, ni Garcilaso las *Églogas*, ni Quevedo los *Sueños*.

El *Quijote*, las *Églogas*, los *Sueños* los han ido escribiendo los diversos hombres que, a lo largo del tiempo, han ido viendo reflejada en esas obras su sensibilidad. Cuanto más se presta al cambio, tanto más vital es la obra clásica [...] Queramos que nuestro pasado clásico sea una cosa viva” (Azorín [1912], *Lecturas españolas*, Madrid: Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1974, pp. 10-11).

JOSÉ MONTERO REGUERA
Universidad de Vigo

VV.AA., *Don Quijote y la narrativa posmoderna*, Mercedes Juliá (ed.), Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2010, 167 pp.

La inagotable inspiración que ha suscitado la ingeniosa novela de Cervantes ha fructificado en una ingente sucesión de obras que acusan su imborrable huella. No resulta pretencioso afirmar que es la novela española que más ha influido en otras literaturas, además, desde el mismo momento de su publicación, a comienzos del siglo XVII. En consecuencia, la crítica cervantina y la comparatista se ha interesado en abrir las fronteras del análisis hacia una dirección universal, mostrando que *Don Quijote* no es sólo patrimonio de la Mancha y reflejo de sus gentes, sino que también existen otros literatos que, sin haber leído necesariamente la obra, han visto en el hidalgo la encarnación de una serie de valores fundamentales que evolucionan y trascienden el paso del tiempo.

Las interpretaciones de la novela suelen estar en correlación con el contexto literario de cada época, de tal forma que los novelistas del siglo XVII interpretaron la obra desde la comicidad, los ilustrados desde la vertiente satírica, y los

románticos vieron en él a un héroe trágico y mítico. Definir, no obstante, la orientación de estas interpretaciones en el siglo XX resulta mucho más complejo, y, el corpus bibliográfico en muchas ocasiones más que centrarse en obras concretas se ocupa del estudio de la crítica. La cuestión se torna si cabe más espinosa cuanto más actual es el periodo escogido, y, en concreto, la estética de la posmodernidad supone un auténtico escollo. La razón, creemos, se debe a dos motivos fundamentales: el principal, que el movimiento aún tiene vigencia, el otro, que no está definido de forma homogénea.

Por estas razones, los trabajos presentados en el volumen titulado *Don Quijote y la narrativa posmoderna* suponen una importante aportación al panorama crítico más actual sobre la novela cervantina, que se sitúa en la línea de los trabajos de Anne Cruz, Carroll Johnson, o Gonzalo Navajas. Este es uno de los muchos libros surgidos con ocasión de las celebraciones del IV Centenario de la publicación de la Primera Parte, que, además, responde a la plasmación en el papel de las comunicaciones expuestas en unas Conferencias en homenaje a Cervantes organizadas en 2005 por la Universidad de Villanova, Pennsylvania, publicados en la colección “Monografías. Filosofías, Filología y Lingüística” por la Universidad de Cádiz. Los textos han pasado un riguroso proceso de selección y se han publicado en inglés y español, correspondiendo a la lengua escogida para las presentaciones.

Están coordinados por la profesora Mercedes Juliá, catedrática de literatura española en aquella universidad estadounidense, que ya se había interesado por la literatura contemporánea en el libro *Las ruinas del pasado: aproximaciones a la novela histórica posmoderna* (2006). Es ella quien redacta el “Prólogo” a la obra, en el que alude a las innovaciones

narrativas posmodernas que, en cierto modo, ya están latentes en el *Don Quijote* de Cervantes: la metaficción como forma de explorar la relación entre ficción y realidad, los artificios con el lector, la variedad de narradores, la yuxtaposición de diversos géneros y tipos de escritura, y la intertextualidad o polifonía en la línea bajtiniana. Juliá mantiene sin dudas –y en esto nos parece algo categórica– la locura de don Quijote, aunque matiza que esta capacita al héroe para ver con claridad la verdadera condición humana y le lleva a defender unos nobles ideales basados en un orden anacrónico, el de las caballerías representadas por Amadís de Gaula: la justicia, la libertad, el sacrificio, ... Estas son, en definitiva, formas de bondad, concepto que se sitúa en el núcleo de su verdadera identidad, la de Alonso Quijano el Bueno. La coordinadora recopila también algunas cifras que confirman el valor didáctico de la novela para muchos escritores que la sitúan como la mejor obra de ficción de todos los tiempos. Tras un breve resumen de los artículos que componen la obra, Juliá deja paso al texto de Antonio Muñoz Molina, ponente invitado en aquellas jornadas.

En “Don Quixote, or the Art of Becoming”, Muñoz Molina reflexiona sobre las enseñanzas de la obra de Cervantes no sólo para los lectores, sino también para los escritores, quienes antes de sentir la vocación de escribir se ven primero como personajes novelescos. Según él, la ambición quijotesca responde a la categoría de lectores “*becomers*”, quienes se plantean y buscan otras posibilidades diferentes de existencia, frente a los “*be-ers*”, que tienden a conformarse con la propia. Molina pone en paralelo al manchego con héroes tan dispares como Huckleberry Finn o Fabrice del Dongo y, dentro del universo cervantino, la pastora Marcela. Todo esto

hace de don Quijote un personaje genuinamente humano.

El segundo artículo, “Las armas de los bisabuelos: *Don Quijote* y la recreación caballeresca de los orígenes de la nación”, de Lucas Marchante Aragón, se sirve de los procedimientos metaliterarios del alcalaíno para reflexionar sobre el concepto de historia. Desarrolla la hipótesis de que en el libro de Cervantes se adivinan las teorías historiográficas modernas, según las cuales, la creación histórica de las naciones resulta arbitraria. La parodia de las caballerías se consigue presentando las hazañas de don Quijote a través del recurso de los manuscritos encontrados, que el narrador-comentarista hace traducir y edita para componer la historia “verdadera” de este héroe cuya vida está documentada en los anales manchegos. Según Marchante Aragón, la objetividad de la narración histórica sólo puede ser hipotética, porque cada partido político defiende una verdad diferente y orientada según sus propios intereses.

Amy Wright, autora de “Mothering a Feminine Dialectic: Cervantes’ ‘Murderous Sheperdess’ Marcela as Medusa”, se centra en el personaje de Marcela, una heroína dominante que desestabiliza el orden social rechazando el matrimonio y saliendo de casa para vivir según sus propias normas, desafiando, por tanto, la tradición patriarcal. Wright analiza el personaje de la pastora desde la crítica feminista de Hélène Cixous. El siguiente artículo, “Apropiación de *El Quijote* en Colombia”, de Consuelo Triviño Anzola, pretende recoger los principales hitos de la recepción de la genial novela en ese país desde la similitud con los conquistadores como Gonzalo Jiménez de Quesada (del mismo modo que se asociaron a don Quijote el Che Guevara o Simón Bolívar). Según afirma Triviño, la influencia resulta más evidente en los

autores colombianos actuales, quienes se sirven del ingenioso hidalgo como vínculo aglutinador de los pueblos hispanos –lo cual no dista mucho de la interpretación sociopolítica del personaje en la crisis de ultramar a finales de siglo XIX.

El interés de Marc Charron en “Making (Non-) Sense Today: a Paradoxical Reading of the *Prólogo* to the First Part of *Don Quijote* in Recent English Translations” se centra en la comparación de las traducciones de Burton Raffel, John Rutherford y Edith Grossman, mostrando cómo en ellas se tratan ciertos *loci critici* y se revelan algunas interpretaciones personales de los traductores. El brevísimo ensayo de Antonio Expósito Fernández “Una narración en segunda persona en *El Quijote*, modelo para la narrativa posmoderna”, estudia el uso de la voz narrativa en la segunda persona de singular en un fragmento de la novela del “Curioso impertinente” y argumenta su posible influencia en algunas obras de lengua española. El tema merecería ser continuado en un estudio más profundo.

Los siguientes artículos se destinan al análisis comparado de *Don Quijote* y la obra de ciertos escritores posmodernos. Resulta muy acertado el enfoque de Leonor Acosta Bustamante al estudiar “*Don Quixote* and the American imagination: the reappropriation of the icon in Auster’s *City of Glass*”, ya que esta es la única que alude al debate sobre la cuestión posmoderna, manejando, además, fuentes imprescindibles, como Roland Barthes y Linda Hutcheon. El análisis de la primera parte de la *New York Trilogy* de Paul Auster no es un asunto nuevo, y las ideas enunciadas a pesar de ser correctas resultan escuetas, viéndose posiblemente restringidas por los límites de la edición. Enrique Sacerio-Seguí indaga en la relación del original cervantino con “Borges y la producción de Pierre Menard”, una

exploración que, a pesar de no resultar tampoco novedosa, nunca está de más, especialmente cuando el autor emprende la laboriosa tarea de poner en paralelo la reformulación de ciertos pasajes y episodios quijotescos en el texto del argentino basándose en las teorías de Lotman.

Nuria Morgado se ocupa de dos escritores españoles contemporáneos que retoman la autorreflexividad cervantina señalada por Foucault en “Resonancias cervantinas en *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero, y *Beatus Ille*, de Antonio Muñoz Molina”. En ambos casos, los protagonistas se saben personajes y crean ellos mismos la ficción que les rodea. En la novela de Landero, además, encontramos el patrón cervantino de un personaje que vive imitando los modelos literarios que ha idealizado. El último artículo, “Aparición del eterno cervantino: supervivencias de *El Quijote* en la novelística de Álvaro Pombo” recoge, desde la teoría de Harold Bloom, la huella de *Don Quijote* en la producción de este escritor que la crítica ha puesto en relación con el ámbito anglosajón a la vez que reflexiona sobre la cuestión de la influencia.

Una de las características esenciales del volumen es, para bien o para mal, su heterogeneidad, hecho que ya apunta en el prólogo la editora. En efecto, el contenido de los artículos es muy variado, de forma que no existen apenas entre ellos vínculos que apunten hacia un interés común, por lo que se echa en falta una mayor cohesión temática. Lo que resulta más clamoroso es la alusión desde el título a la época posmoderna como pretexto y noción aglutinadora. Es en este sentido en el que defrauda, porque apenas existen reflexiones sobre el controvertido concepto de la posmodernidad, que concierne, además, esencialmente al ámbito norteamericano. Habría resultado más adecuado, en nuestra opinión, hablar

de narrativa contemporánea. En cualquier caso, es destacable también la inclusión de artículos de longitud muy variada, que muestran una inexplicable disconformidad con unas hipotéticas normas de edición, aunque esto es un asunto menor tratándose de una compilación de artículos preparados, en su origen, para la exposición oral.

No obstante, hay que tener en cuenta que la mezcla de estudios sobre traducción, influencia o recepción también puede resultar enriquecedora. El volumen supone un loable intento de aglutinar desde perspectivas diferentes y planteamientos teóricos bien establecidos las aproximaciones a la novela de Cervantes de autores, traductores e incluso, la experiencia personal de un escritor vivo. Con todo, el libro puede suponer un buen recurso para investigadores y críticos cervantinos que pretendan conocer la influencia particular que la novela tuvo en diferentes autores, o bien para estudiosos de estos escritores que deseen conocer mejor su obra a la luz de la comparación con Cervantes. Al mismo tiempo, su carácter variado puede dar muestras a un lector no experto de la importante huella que el ingenioso hidalgo sigue dejando en la literatura actual. Con todo, el horizonte crítico aún necesita de trabajos similares donde se recojan las innumerables filiaciones cervantinas que se dan en aquellas obras que nos resultan más cercanas en el tiempo.

ESTHER BAUTISTA NARANJO
Universidad de Castilla-La Mancha

Heinrich Merkl, *Cervantes anti-sofista. Sobre Platón, Ficino, y los tres Quijotes (1605, 1614 y 1615)*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo (Colección de Publicaciones Acadé-

micas. Biblioteca Cátedra Miguel de Cervantes, n° 18), 2011, 305 pp.

A lo largo de *Cervantes anti-sofista. Sobre Platón, Ficino, y los tres Quijotes (1605, 1614 y 1615)* Heinrich Merkl (Doctor en Filología Románica por la Universidad de Heidelberg, investigador en varias instituciones de Austria, Alemania y Luxemburgo, así como autor de numerosas publicaciones, entre las que destaca *Sor Juana Inés de la Cruz: ein Bericht zur Forschung 1951-1981*, una notable contribución a la bibliografía de la poeta mexicana publicada por la Carl Winter Universitätsverlag de Heilderberg en 1986) delimita la postura crítica de Cervantes hacia el pensamiento sofista para llegar a la conclusión de que, si bien Alonso Fernández de Avellaneda ignora absolutamente el asunto, en la novela cumbre de Cervantes el rechazo de tales ideas llega a constituir un elemento compositivo crucial.

El libro se estructura en seis secciones, complementadas por una breve introducción, un epílogo y un apéndice, además de por una extensa bibliografía final. De esta manera, supone la introducción un anticipo de la ordenación y las intenciones de la obra: partiendo de los apuntes de Bowle sobre las lecturas de los clásicos que había hecho a lo largo de su vida Cervantes, Merkl profundiza en la huella de los diálogos de Platón en el *Quijote* (como ya hizo en “Cervantes, Protágoras y la Posmodernidad. El *Quijote* de 1605 y algunos diálogos de Platón”, en *Anuario de Estudios Cervantinos*, I (2004), pp. 139-147) para centrarse con especial énfasis, desde ese punto, en la figura e ideas de Protágoras que contienen tales textos, disponibles en su versión latina en época de Cervantes.

El capítulo inicial del volumen [“Estado de la cuestión (1905-2000)”, pp. 19-

64] traza una recensión panorámica de los trabajos que la crítica cervantina del siglo XX ha escrito al hilo del tema. Por su parte, en capítulo segundo (“El conjunto ideológico sofista de la Antigüedad”, pp. 65-81) resume el acervo ideológico sofista, con especial atención a las citas platónicas que a través de Marsilio Ficino podrían haberle sido familiares a Miguel de Cervantes. No obstante, como se declara a lo largo del libro, Merkl no pretende con esto elaborar un estudio de Filología Clásica ni un ensayo filológico, sino encuadrar desde el cervantismo la importancia del anti-sofismo en la narrativa cervantina. En esa misma línea, la tercera sección del trabajo (“La actitud hacia el pensamiento sofista en la obra de Cervantes”, pp. 83-96) delimita la postura de Cervantes, rastreable en su producción prosística y dramática, frente al pensamiento sofista.

Los capítulos cuarto, quinto y sexto constituyen el nudo fundamental de las indagaciones de Merkl: a lo largo de “El *Quijote* de 1605” (pp. 97-150) se exploran, a través de un recorrido que se abre con el *Prólogo* y sus menciones a Platón y Aristóteles, y que analiza las perspectivas del narrador, los personajes y el personaje, en abierto repudio a los fundamentos sofistas; en “El *Quijote* de 1514, de Avellaneda, y el *Quijote* de 1605, de Cervantes” (pp. 151-179) se deja clara la ausencia de un contenido filosófico anti-sofista en la obra del ficticio Alonso Fernández de Avellaneda; por último, en “Los *Quijotes* de 1605, 1614 y 1615” (pp. 181-275) Heinrich Merkl coteja los tres *Quijotes* para establecer las relaciones filosóficas que entre sí establecen las tres obras y llega a la conclusión de que las dos partes salidas de la pluma de Cervantes se complementan en sus intenciones filosóficas y, en efecto, participan de una constante reflexión sobre la filosofía

sofista (por lo general, contraria a ella) común a los Siglos de Oro españoles.

El “Epílogo” (pp. 277-278) y el “Apéndice” (pp. 279-284) abundan en esta opinión y proponen ahondar en la recepción de los diálogos platónicos a lo largo del Renacimiento español, tomando como referencia fundamental la traducción latina de Ficino que, según Merkl, con probabilidad manejó Miguel de Cervantes entre sus lecturas.

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MORÁN
Centro de Estudios Cervantinos

Natalio Ohanna, *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011, 244 pp.

En este vigésimo noveno volumen de la Biblioteca de Estudios Cervantinos se trata el interés que había desde la escritura española en “demonizar” las condiciones de cautiverio. Esta política era al parecer muy útil para animar la lucha contra los considerados enemigos, especialmente moriscos.

Es digno de valorar que el estudio no se centre solo en el cautiverio mediterráneo, sino que considere también el americano. De ambos se explica el origen, las circunstancias históricas, la imagen cultural del hecho a partir de la literatura de la época y las consecuencias buscadas al proyectar dicha imagen.

Y es lógico que se traten tanto las vicisitudes musulmanas y judías, como las amerindias, pues en algunos de los primeros documentos sobre el Nuevo Mundo se presentaba a sus gentes como una continuidad de los otros infieles. De esta forma se proponía “una suerte de prolongación espacial reflejada en una misma campaña contra la impureza” (p. 21).

Esa “edad de Cervantes” que se anuncia en el título se concreta en el periodo de la historia de España de lucha contra el Islam, la Contrarreforma y la conquista de América. En relación a lo metodológico Ohanna reconoce que en este ensayo ha seguido algunas de las premisas del *New Historicism*, por lo que las obras estudiadas son estrechamente relacionadas con su contexto.

A través de los textos elegidos Ohanna plasma la imagen que se formó en España del enemigo para dominarlo. En primer lugar tiene en consideración la obra anónima que lleva el título *Viaje de Turquía* y que circulaba en manuscrito en los círculos humanistas del siglo XVI. Después se centra en dos textos del *corpus* de Miguel de Cervantes muy significativos para este tema: la pieza teatral que escribió al llegar de su cautiverio norteafricano, *El trato de Argel* (1580), y el episodio intercalado en el primer *Quijote* (1605) de la *Historia del cautivo*. Por último, se estudian las circunstancias del naufragio, cautiverio y andanzas entre 1528 y 1536 por el continente americano de Álgar Núñez Cabeza de Vaca, narradas en su *Relación* de 1542 de Álgar Núñez Cabeza de Vaca.

A partir de estas obras se detiene especialmente en el fenómeno literario de comprensión del enemigo, de aceptación de las diferencias y de autocritica de la propia cultura y sociedad a partir de la convivencia obligada del cautiverio. De esta forma, a través de la primera que estudia, se expone cómo la libertad de culto puede ser más provechosa que la persecución. En el caso de los textos de Cervantes, establece una relación entre su experiencia de cautiverio y el mensaje de tolerancia que transmite. Y en relación al tercer autor se comentan las consecuencias críticas que traen consigo la conversión forzada y la violencia innecesaria.

La experiencia de convivencia adversa de Cervantes se refiere a los años de su cautiverio en Argel, documentados a partir de la *Topografía e historia general de Argel*, de Antonio de Sosa, y de la *Información*, del mismo escritor. A continuación Ohanna destaca que el escritor cautivo gozó de libertad de movimiento y estableció vínculos en la comunidad de musulmanes nuevos. Así se nos presenta a Cervantes como una especie de privilegiado intelectual de su época al poder conocer a los “otros”.

La parte dedicada a Cervantes comienza con una introducción social y cultural de la ciudad de Argel. Sigue con la descripción de los intentos de fuga del escritor y la relación con sus amos. Al fijarse en *El trato de Argel*, Ohanna ofrece una interpretación alternativa a lo que se dice en la pieza sobre el cautiverio: propone leerlo como una autocritica a la sociedad española porque se respondía con la misma moneda a los herejes (p. 126). El autor observa la pervivencia de estas ideas en otras obras del escritor: *El gallardo español*, *El amante liberal* y *La gran sultana*. Hay además en este estudio una tímida alusión a lo que supuso el cautiverio de Cervantes en su poética cuando menciona que “*El trato de Argel* marca un punto de transición entre dos concepciones dramáticas” (p. 136).

En las últimas hojas dedicadas a la *Historia del cautivo del Quijote*, Ohanna se centra de nuevo en la “convivencia adversa” del escritor en Argel, en las relaciones con musulmanes nuevos y en el problema de la reintegración en su patria. En esta narración el autor ve una crítica más explícita de Cervantes hacia su propia nación (p. 146), por lo que se desmarca de la línea propagandística general. Así Cervantes pretende superar las dificultades, más de orden social que político, con que se encontraban los que

se reintegraban después del cautiverio: el capitán se encuentra con una feliz acogida por parte de un auditorio cuya diversidad es reflejo de la sociedad española (don Quijote, Sancho, el cura, el barbero, don Fernando, Dorotea, Cardenio y Luscinda).

El presente libro –sobre todo, las partes del *Viaje de Turquía* y Cervantes– recoge algunos artículos del autor publicados en las revistas *Anales Cervantinos*, *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, *Hispanic Journal*, *Hispanic Review* y *Bulletin of Hispanic Studies*.

En la parte final, junto a la relación de obras citadas, se incluye un índice onomástico. Carece de un índice de los títulos literarios, y es una lástima, ya que no extrae sus conclusiones únicamente de las cuatro obras principales, sino que son abundantes las que se refieren a lo largo de todo el ensayo. Como, por ejemplo, *De mittendo gladio Divini Spiritus in corda saracenorum*, del humanista salmantino Juan de Segovia, al que cita en el capítulo de conclusiones como precedente histórico de la propuesta de convivencia pacifista con el islam.

JAVIER J. GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Escuela Superior de Arte Dramático de
Castilla y León

Fernando Pérez-Borbujo, *Tres miradas sobre el «Quijote»*. Unamuno – Ortega – Zambrano, Barcelona, Herder, 2010, 232 pp.

Este libro revela con razón la brillantez intemporal del *Quijote*, poniendo en diálogo tres filósofos españoles de la vida de distintas generaciones del siglo XX: Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y María Zambrano. Sus interpretaciones del *Quijote*, tan distintas, son unánimes

en un aspecto: cada uno encuentra en este personaje la clave para los problemas filosóficos o, mejor dicho, universales ante los cuales ven a España y su tiempo, desde la pregunta por el ser nacional hasta el origen de su retraso cultural y el bipartidismo entre tradición y renovación. Estas preocupaciones existenciales del país, que encontraron su primer culmen en la generación del 98, las ven los intelectuales españoles del siglo XX reflejadas en la novela que ya cumplía tres siglos sin perder nada de su actualidad. La obra cervantina, literatura con núcleo filosófico en su reflexión autoconsciente, presenta la historia de una filosofía de vida como espejo del ser de España. Según Fernando Pérez-Borbujo, esta universalidad se debe a lo castizo que representa el *Quijote*, porque el misterio español es «el profundo arraigo del *Quijote* que es a la par fuente de su universalidad» (p. 15), es decir: sólo quien empieza por sus propias raíces y las conoce bien puede superarse a sí mismo como lo hizo don Quijote al convertirse en mito, porque deriva de la esencia y del destino de España.

Pérez-Borbujo divide su libro en cuatro partes, con subdivisiones internas. A las miradas de los tres filósofos, quienes quieren fondear el alma y el destino de España, precede una introducción de los aspectos del *Quijote* que guiaron su interpretación. Así, expone primero el contexto histórico, poniendo de relieve que con el *Quijote* ya se anticipa la solución de la decadencia paulatina del país, ante cuya etapa final se ven Unamuno, Ortega y Zambrano. Sigue un apartado sobre la biografía de Cervantes que sirve para comentar la diferencia entre el enfoque en el autor o en la criatura, que distingue a las diferentes lecturas de los tres españoles. Y aunque podría parecer innecesario preguntarse por la intención cervantina al crear una novela ya uni-

versal y mítica, en el contexto del libro es interesante mostrar paralelismos entre las vidas del autor y del personaje, ya que Zambrano destaca el carácter autobiográfico del *Quijote*. Tras unas páginas dedicadas al carácter del enloquecimiento quijotesco por tanto leer, Pérez-Borbujo señala la importancia del amor cortés, de la «religión del amor», que para los filósofos españoles del siglo XX forma el fundamento pasional del alma española. Este amar idealizando a la mujer es un amar sin fin, por el mero hecho de amar, que guía y motiva al «Caballero de la Fe», como lo bautiza Unamuno, en sus aventuras. Pérez-Borbujo explica la mezcla de elementos como una funda cómica que envuelve la tragedia que recorre el *Quijote*. Defiende que la universalidad de la obra también es debida a su carácter cómico, el cual se manifiesta sobre todo en la compasión, convertida en autocompasión por poder identificarse con la veracidad de la antropología quijotesca. En el aspecto más destacable del *Quijote*, el problema de la realidad y del dualismo entre el escepticismo de la razón y el corazón, se halla el núcleo filosófico de la obra cervantina. Averiguado este aspecto, Pérez-Borbujo describe la literatura española como literatura filosófica, llamándola «poesía reflexiva, autoconsciente» (p. 46), que recuerda al concepto romántico de la «progressive Universalpoesie», como lo expone Friedrich Schlegel en el *116. Athenäumsfragment*, donde la autorreflexividad y universalidad son temas centrales.

Una vez presentado el tema, siguen las tres lecturas de los filósofos. A la cabeza viene la interpretación unamuniana del *Quijote*, que defiende un fuerte individualismo y que centra la atención de esta reseña. Pérez-Borbujo primero introduce las ideas generales de *El sentimiento trágico de la vida* (1913) para luego poner

el *Quijote* de Cervantes en diálogo con la postura de Unamuno expuesta en *Vida de don Quijote y Sancho* (1905). Esta táctica, aunque es útil por la comparación inmediata, puede causar confusión de vez en cuando respecto a la autoría de las ideas presentadas. Con razón enfatiza Pérez-Borbujo (ya en el título del capítulo «El *Quijote* y la angustia») el carácter sentimental de esta filosofía, que denomina existencialista, un humanismo individual. A pesar de todas las contradicciones que contienen la vida y el pensamiento de Unamuno, destacan unas preocupaciones fundamentales que le guían vehementemente a lo largo de toda su vida: su ansia de inmortalidad, la angustia de la muerte y las dudas de fe. Estos aspectos también forman el hilo que atraviesa su concepción del *Quijote*. En este libro se expone cómo Unamuno quiere penetrar y sacar a la luz lo más íntimo en búsqueda de las raíces de la esencia de España y de las angustias de su propia alma atormentada. Viendo esto, no sorprende que el punto de partida de la filosofía unamuniana sea el sentimiento como fondo de todo ser y no la idea. Tal vez se pueda llamar genealógico al método de Unamuno, ya que expone la evolución y el desarrollo del pensamiento humano, sus ansias y angustias desde los egipcios y griegos para evidenciar el arraigo de sus preocupaciones en la naturaleza humana. Como bien señala Pérez-Borbujo, Unamuno no anhela la eternidad en el paraíso cristiano, sino que reclama un enajenamiento para conservar la conciencia y la personalidad: «ser Dios sin dejar de ser yo» (p. 55), lo cual incluye el anhelo del eterno dolor. Esta religiosidad de Unamuno, en constante combate por volver a la fe de su infancia pero sin éxito, responde a que era accesible solamente a través del sentimiento, pero incaptable para la razón,

lo que le posibilita creer a pesar del dualismo contradictorio que tortura su alma.

Al haber aclarado las ideas principales de Unamuno, Pérez-Borbujo muestra cómo estos sentimientos tan profundos se presentan en el *Quijote* de manera simbólica y metafórica. Así, señala que el dualismo que Unamuno ve reflejado en el *Quijote* es él mismo entre el sentimiento y la razón, entre la fe y el nihilismo, entre la voluntad y la inteligencia. En estas contradicciones irresolubles que reúne el hombre se halla la realidad trágica del alma y el sentimiento trágico de la vida. Otra dualidad se localiza entre el ideal del corazón y la mujer real: en el amor por Dulcinea del Toboso encuentra Unamuno el *leitmotiv* como amor espiritual e idealizado, que es al mismo tiempo la enfermedad mortal de don Quijote cuando reconoce a la campesina tras la dama. Sin embargo, su ideal del amor es lo que persiste hasta la cura completa, mientras que su fe ya se debilita a lo largo del proceso de «sanchopancificación» (p. 84). Los valores caballerescos que elogia Unamuno dan dimensión poética al amor cortés, guiador del *Quijote*, cuya esencia verdadera revela Pérez-Borbujo como «naturaleza poética» (p. 101). Para enfatizar la voluntad pasional de vivir, se cita la famosa frase del *Quijote* unamuniano «yo sé lo que quiero ser» (p. 79), que expresa un querer radical y esencial del personaje, que no se lanza a las aventuras sin rumbo fijo sino decididamente. Pero, como ya es sabido, a lo largo de la obra tanto cervantina como unamuniana, don Quijote y Sancho cambian los roles, y mientras que don Quijote va volviéndose cuerdo, Sancho adopta algo de su locura y fe. Unamuno admira la fe de Sancho, ya que refleja su propia ambigüedad de una fe con dudas, oscilando entre inteligencia y sentimiento. Pero, como demuestra Pérez-Borbujo con todo acierto, el núcleo

de la interpretación unamuniana del *Quijote* está oculto en su visión del sentido de la muerte, ya que esta «encierra todo el misterio de la obra» (p. 102). El filósofo vasco halla en el fin de la obra cervantina y la muerte de don Quijote la resurrección de este mismo en forma de Sancho Panza, aludiendo a que la locura quijotesca es un espíritu inmortal. El gran elogio de Unamuno al quijotismo muestra su requerimiento al pueblo español de volverse Quijote, como hizo Sancho Panza, y despertar su fe. En el último apartado del capítulo se distingue la postura unamuniana de la independización de la obra de su autor, el quijotismo y el anticervantismo. Esta cuestión sobre la autoría subraya el ansia de inmortalidad y habría sido interesante elaborarlo más en este contexto. Pérez-Borbujo descubre la paradoja de que todo anhelo de Unamuno de pervivir a través de sus obras se convierte en vanidad porque «se immortaliza la obra y muere el autor» (p. 106). No obstante, parece haberse saltado que la eternización a la que aspiraba el vasco se puede apreciar en otra obra suya: *Niebla* (1914), en la que Unamuno mismo es uno de los personajes, y a lo mejor muestra el intento de immortalizarse de esta manera por escrito. Claro está que para Unamuno la salida de la crisis, ante la cual ve a su país, se halla en la locura contagiosa del *Quijote* que con sus ideales medievales y su fuerte voluntad podría mover montañas.

La segunda relectura del *Quijote* que se presenta en este libro es la de Ortega y Gasset, cuyo núcleo, opuesto a Unamuno, no deriva del sentimiento sino de aunar este con la reflexión detenida. Pérez-Borbujo empieza el capítulo, como el propio Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* (1914), con una introducción de las ideas principales del filósofo hasta entonces. De éstas destaca en el segundo apartado

la metáfora del bosque para aclarar dos dimensiones: la sensual (el árbol en particular) y la conceptual (la idea universal del bosque). De dicha dualidad entre lo sensual, superficial y mediterráneo por un lado, y lo meditativo, profundo y germano por otro, Ortega requiere una síntesis. Como señala Pérez-Borbujo, critica que a España le falte la dimensión meditativa, por lo que el país ha sufrido su gran decadencia dando vueltas sin avanzar. Esta teoría la aplica al *Quijote*, refiriéndose no al personaje sino a la novela entera, en la que halla un conjunto ordenado de perspectivas, mientras que encuentra un «laberinto de posibilidades» (p. 121) en don Quijote. El personaje orteguiano es una «naturaleza fronteriza» (p. 136) entre lo imaginario y aventurero, y la realidad, realismo dentro de idealismo, lo cual determina la esencia del género de la novela, cuyo modelo ejemplar es el *Quijote*. En él, además, está reflejado la famosa frase del filósofo: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no salvo a ella, no me salvo yo» (p. 117), que realza la estrecha conexión entre la perspectiva y circunstancia del sujeto. Con acierto Pérez-Borbujo dedica un apartado al heroísmo del *Quijote* de Ortega que está oculto en la querencia: «la voluntad es real, pero lo querido es irreal.» (p. 139). Esta dualidad, pues, alberga a la vez el carácter cómico y trágico del personaje. Mientras que Unamuno postulaba la vuelta a lo castizo, Ortega quiere abrir España a Europa para unir las oposiciones complementariamente, es decir sanchopancificar España y quijotizar Europa. Especialmente en este capítulo Pérez-Borbujo guía bien al lector por el contexto e influjo filosófico, sobre todo el alemán de Schelling, Nietzsche, Scheler, Heidegger y otros, como también lo hará en el siguiente.

Con mucha razón Pérez-Borbujo titula el último repaso del *Quijote* con *Lo*

eterno femenino en el «Quijote», ya que Zambrano atribuye un papel importante a lo femenino en el *Quijote*. De nuevo el ensayista da una visión de las ideas fundamentales de la filósofa al lector, que parece ser imprescindible para la comprensión de lo siguiente. Así expone la interpretación zambriana del combate entre la poesía en el mundo sensual y la filosofía en «el mundo de la abstracción» (p. 159) y señala bien que en esta, en oposición a Unamuno, nacen vida, esperanzas y eternidad en búsqueda de identidad propia, mientras que aquella está condenada al cuerpo, la adversidad y lo efímero. Zambrano muestra, primero mediante la evolución de filosofía y religión, luego con su *Quijote*, la transición de la poesía inspirada y la mitología a la filosofía metódica y el pensamiento moderno. Según Pérez-Borbujo, la piedad como virtud que comunica lo humano con lo divino es la clave para entender esta interpretación, dado que en ella, cuyo símbolo constituye el *Quijote*, «la filosofía se vuelve de nuevo poesía» (p. 192) y resuelve esta lucha. En *España, sueño y verdad* (1965) la discípula de Ortega expone la idea de la vida como sueño e ilusión (en contraste con Unamuno), como «un sueño de la razón» (p.158) del que hay que despertar para lograr la libertad esencial. El don Quijote zambriano también oscila entre el mundo ideal y real, entre un mundo antiguo y un nuevo cosmos racional que convierte la conciencia quijotesca en delirio, y él, iniciando con su locura una realidad nueva, ha despertado de su sueño. Pero Zambrano encuentra en el *Quijote* no sólo la solución de la crisis española que se esconde en el despertar del sueño, el «renacimiento espiritual» (p. 196), sino también «una coincidencia absoluta entre el alma del Quijote y la de Cervantes» (p. 186) y la localiza en la imagen de lo femenino, aplicando el *Quijote* a la ex-

periencia propia de su creador. Con tino Pérez-Borbujo dedica un subcapítulo al tema que constituye la esencia de la interpretación zambriana del *Quijote*: el papel de lo femenino en la obra. Zambrano ve en Dulcinea la «acción vivificante de lo divino en el alma humana» (p. 193) y por lo tanto consigue, por la piedad, la paz entre poesía y filosofía.

El libro está escrito con mucha precisión. El autor sabe elegir bien las palabras adecuadas para captar lo esencial de las ideas complejas de los tres españoles. Además, orienta al lector constantemente por el contexto histórico e intelectual europeo del *Quijote* (por lo general en nota al pie), dando una visión general del panorama filosófico de los tres últimos siglos que facilita situar las ideas tratadas en su tiempo.

En resumen, Fernando Pérez-Borbujo capta en su libro con agudeza la universalidad del *Quijote*, mostrando cómo cada uno de estos tres filósofos encontraron una llave distinta para el cofre de este personaje y mito que esconde el destino y la salida de las preocupaciones fundamentales de España: sentimiento, voluntad y locura quijotescos para Unamuno por un lado, el despertar del sueño a la razón autoconsciente para Zambrano por otro y en el medio la síntesis de lo meditativo y lo sensual para Ortega y Gasset.

WIEBKE WIRTZ
Universidad de Münster

Simone Pinet, *Archipelagoes. Insular Fictions from Chivalric Romance to the Novel*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 2011, xxxv + 238 pp.

Las investigaciones en torno al lugar del Quijote en el proceso de maduración

de la prosa literaria, desde el romance hasta la novela moderna, aún constituyen uno de los capítulos más emocionantes en el ámbito de la investigación cervantista. La problemática respecto de la conformación de la novela moderna como género literario, definido y redondo, posee también, evidentemente, una gran trascendencia para la historia de la literatura occidental. Notorio es que al *Quijote* cabe el honor de reconocerse como el texto clave para comprender la cristalización del género de la novela –tanto si le reconocemos la categoría de novela moderna como si no–. Y muy a pesar del considerable volumen de trabajos publicados al respecto en los últimos decenios, la rica contextura del *Quijote* aún guarda sustancias dignas de estudio y cargadas de significación para el mejor entendimiento de este asunto. *Archipelagoes. Insular Fictions from Chivalric Romance to the Novel* [Archipiélagos. Ficciones insulares desde el romance de caballerías a la novela] de Simone Pinet analiza con minuciosidad artesana uno de los elementos narrativos del *Quijote* que mejor redundan en su innovación estética: el empleo del espacio insular. Pinet demuestra fehacientemente que los episodios en Barataria reelaboran el tratamiento del espacio insular según este se había venido configurando, fundamentalmente, en el *Amadís* de Montalvo. Las aventuras de Sancho ilustran la lenta y parsimoniosa evolución de las técnicas narrativas que, iniciadas en los libros de caballerías, acaban, de la diestra pluma de Cervantes, por dar en la novela moderna. A tal fin, Pinet urde una pormenorizada explicación de las representaciones literarias de las islas en paralelo al desarrollo de la cartografía. Guiado por las doctas explicaciones de Pinet, el lector de *Archipelagoes* aprenderá cómo el tratamiento del espacio insular en el *Quijote* resulta de la dilatada evolución literaria del es-

pacio y cómo ese tratamiento es consecuencia directa de la lectura moderna que Cervantes realiza del *Amadís*.

Archipelagoes se organiza en una introducción y cuatro capítulos, más otro de conclusiones. En la “Introduction” se demarcan las veredas por las que discurrirá el análisis del espacio insular y, antes de recorrerlas, se adelantan los principios teóricos que servirán a tal fin. Pinet detalla aquí las fascinantes relaciones entre la cartografía y la literatura en época anterior a Cervantes y esclarece cómo ambas disciplinas fijaron en aquel tiempo la configuración espacial de la narrativa. Se explica en la introducción los modos en que estas dos disciplinas –la cartografía y la literatura– trataron el espacio insular, en paralelo e inmersas en un proceso evolutivo: el género del isolario –como precedente del atlas– y los libros de caballerías –como antecesores de la novela moderna–. *Archipelagoes* centra la atención en los estudios sobre el espacio de Henry Lefebvre y Michel de Certeau, en particular de la premisa, propuesta por Certeau, de que las narraciones literarias han de tenerse, por lo general, por transposiciones de significado en las cuales el tratamiento del espacio recurre a la expresión metafórica. Según Certeau, puede percibirse en el Medievo y en los comienzos de la Edad Moderna la existencia de una suerte de *teoría de la insularidad* en la literatura. A partir de Lefebvre y de Certeau, Pinet reconoce y propone que se considere el *espacio* literario en contraposición al *lugar*: mientras que los *lugares* son abstracciones, el *lugar* se hace espacio cuando se individualiza.

El capítulo 1, de título “Forest to Island. Sites of Adventures from Arthur to *Amadís*” [Del bosque a la isla. El emplazamiento de las aventuras desde Arturo al *Amadís*], plantea la naturaleza de los libros de caballerías como resultado de

la fusión del cantar de gesta y la Historia. Se explica aquí el tratamiento del espacio en los *fabliaux* y en los libros de caballerías, donde los acontecimientos no son, en términos espaciales, *narrados*, sino *presentados* en cuanto que las descripciones pecan de acumulativas. Sin embargo, el desarrollo de los centros urbanos hacia finales del Medievo propició la aparición de las ciudades en los libros de caballerías. De esta suerte, se establece en el género una dicotomía entre el castillo y el bosque, en la cual el bosque alberga lo inhóspito y se configura en un complejo espacio donde confluyen varias tradiciones literarias. Partiendo de esta distinción entre espacio de civilización y espacio inhóspito se llega, al cabo de 1100, a un punto en que el bosque pierde su aureola de escenario azaroso. A partir de entonces, las ficciones hallan en el mar la ubicación idónea para las acciones más venturosas y arriesgadas, por ejemplo en la *Estoire del Saint Graal*, publicada en 1225-30, libro donde las islas se constituyen en un espacio turbado e inaccesible. Ello, unido a la peligrosidad de los viajes por el Mediterráneo, da lugar a una proliferación de libros en que se ficcionalizan viajes marítimos, por ejemplo el *Libro del conocimiento de todos los reinos* (ca. 1450). Ejemplo señero de este empleo de las islas como marco narrativo se halla en el canto VII del *Orlando Furioso*, que transcurre en la isla de Alcina y da fe del empleo de la insula como espacio para las aventuras de los caballeros.

El capítulo 2, “Islands and Maps. A Very Short History” [Breve historia de las islas y los mapas], considera cómo las islas se convirtieron en centro de interés para la cartografía. El incremento del comercio y de los viajes por el Mediterráneo, y el ubicuo peligro que la piratería presentaba, propició la necesidad de conocer mejor sus islas y archi-

piélagos. Pinet da cuenta del desarrollo de la cartografía como ciencia, desde los comentarios primeros de Herodoto hasta su desarrollo definitivo a partir del siglo XII. Distingue Pinet cómo en la evolución de la cartografía se reserva un lugar especial y aparte a las islas, lo cual daría lugar al género del isolario. Los isolarios son textos en que se reúne información diversa sobre ciertas islas, por lo general organizada en mapas acompañados de texto explicativo. Aunque secciones de la *Odisea* pudieran considerarse precedentes del isolario, en *Oikoumenes Periegesis* de Dionisio Periegete (año 124) tenemos un remoto antecedente de este género, que se preludia de modo mucho más claro en *De insulis* de Domenico Silvestri (1385-1406). Presenta Pinet el *Liber insularum archipelagi* de Christophoro Buondelmonti como el único isolario conocido anterior a 1470. Esta obra conjuga una serie de textos diversos que hacen del isolario un género híbrido en que se funden la representación cartográfica del espacio insular y la relación real o imaginada del mismo. La clara tendencia de Buondelmonti a la ficción sitúa el isolario a medio camino entre la cartografía y la literatura. Este hibridismo obró un profundo efecto en la prosa de ficción.

El capítulo 3, “Adventure and Archipelago. *Amadís de Gaula* and the Insular Turn” [Aventura y archipiélago. *Amadís de Gaula* y el auge de las islas], analiza el valor del espacio insular en el *Amadís*. Después de resaltar la inmensa relevancia del libro de Montalvo en la historia de la prosa española, Pinet observa cómo, en esa obra, parte de la acción se escenifica en mares e insulas, especialmente desde el libro tercero hasta el desenlace. En este capítulo se estudian tres islas del *Amadís*: la Ínsula Firme, la Ínsula del Diablo y la Ínsula No Fallada, en las que se percibe ya la acumulación de todos los elementos

tradicionales, folclóricos, científicos y religiosos que se habían venido fraguando en el género del isolario. Así, el *Amadís* se presenta, en este sentido, como consecuencia del creciente interés por las islas y como deudor del género del isolario.

El capítulo 4, “Shores of Fiction. The Insular Image in *Amadís* and Cervantes” [Las orillas de la ficción. La imagen de la insula en *Amadís* y en Cervantes], pormenoriza el tratamiento que el espacio insular recibe en el *Quijote* y demuestra que, en los episodios en Barataria, Cervantes emplea el motivo de la insula, propio entonces del género de caballerías, con fines estructurales para el diseño de la diégesis. Pinet continúa, en este sentido, los estudios de Mary Gaylord y Theresa Ann Sears sobre el espacio en el *Quijote* y analiza hasta qué punto la novela de Cervantes remodela, en este sentido, elementos de los libros de caballerías. Distingue Pinet los episodios de Barataria como una reelaboración del paradigma de la Ínsula Firme del *Amadís*. Antes del gobierno de Sancho, además, localiza en el *Primer Quijote*, y en concreto en los episodios de Sierra Morena, una recreación de la insularidad del *Amadís*. En su retiro en la serranía, don Quijote se esmera en emular la penitencia del doncel del mar en la Peña Pobre. En la Segunda Parte, Cervantes retoma el escenario de la insula de un modo radicalmente innovador y de importancia supina para entender la novedad del *Quijote* con respecto a los libros de caballerías. Después de los episodios en que don Quijote alecciona a Sancho con los consejos para el gobierno, el escudero llega a la insula y, desde ese momento, el espacio narrativo se escinde: se narra, en capítulos alternos, lo que acontece a Sancho en Barataria y lo que ocurre a don Quijote en el palacio ducal. La disposición de la narración en estas acciones paralelas constituye una notable

innovación respecto de la diégesis episódica de los libros de caballerías. En suma, Cervantes se sirve del espacio insular para desarrollar una técnica narrativa nueva, o, en otras palabras, se vale de un elemento espacial empleado en el *Amadís* para reutilizarlo de modo innovador. Las referencias posibles al *Amadís* son muchas: en la Primera Parte, Cervantes ya había referido veladamente la acción a la Peña Pobre; en la Segunda, Barataria se toma como escenario para el comentario político, del mismo modo que la Ínsula Firme en el *Amadís*. Concluye Pinet que, en definitiva, Cervantes no habría concebido la innovadora fórmula narrativa de las acciones paralelas de no haber sido por el precedente del espacio insular en el *Amadís*. Por ello, en el *Quijote* se logra innovar en este respecto merced y mediante el aprovechamiento de elementos propios de los libros de caballerías.

En época de Cervantes, cuando el hombre domeñaba cada vez más la geografía física y cuando ese control y conocimiento constataba el impasible avance de la civilización occidental, las múltiples dimensiones espaciales en el *Quijote* constituyen una interesante materia de estudio. En *Archipelagoes*, Pinet nos muestra cómo Cervantes percibió inteligentemente las posibilidades que el espacio insular del *Amadís* presentaba para la innovación narratológica. De modo erudito, ordenado, pormenorizado y clarividente, Pinet muestra al lector los antecedentes en el tratamiento del espacio insular desde los prototipos del isolario hasta el *Amadís*, para así resaltar y contextualizar debidamente el uso innovador de las acciones paralelas en la Segunda Parte del *Quijote*. Es de obligado cumplimiento alabar asimismo la claridad expositiva de la autora y la inclusión en su estudio de una serie de grabados de hermosísima factura, desde el *Liber in-*

sularum archipelagi hasta el *Amadís*, que ilustran perfectamente la concepción del espacio insular en aquellos siglos. *Archipelagoes* merece reconocimiento de ser lectura imprescindible e ineludible para la comprensión de la historia de la prosa de ficción, desde los libros de caballerías, y en especial el *Amadís*, hasta el *Quijote*.

J. A. G. ARDILA
University of Edinburgh

Santiago Posteguillo, *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote*, Planeta, Barcelona, 2012, 230 págs + 25 ilustraciones.

A juzgar por el amplio abanico que componen sus facetas creativas, Santiago Posteguillo (Valencia, 1967-) resulta ser un intelectual muy completo y un enamorado de la literatura, con la que se relaciona desde varias vertientes. En primer lugar, según una escala que él mismo ha elaborado, se sitúa su lado de profesor universitario de lengua y literatura inglesa en la Universidad Jaume I de Castellón; después viene su faceta de escritor, en la que más adelante ahondaremos; *last, but not least*, Posteguillo es autor de numerosas publicaciones académicas entre las que se incluyen diccionarios, monografías y artículos de investigación sobre lingüística, traducción y análisis del discurso, apoyados por estancias investigadoras en diversas universidades de Reino Unido y Estados Unidos. Sorprende, especialmente, la segunda de sus ocupaciones, ya que la escritura creativa de éxito compaginada con labores docentes no es, por desgracia, algo a lo que estemos acostumbrados en los medios académicos. Sin embargo, Posteguillo ha conseguido aunar las tres facetas y complementarlas además con mecanismos

útiles ligados a la actualidad tecnológica, como son una página web activa y bien configurada y una cuenta en Twitter con más de tres mil seguidores que permite a estos mantener un contacto real y casi inmediato con el escritor.

El autor valenciano, que comenzó su andadura por la senda creativa no hace mucho, en 2006, ha centrado hasta ahora su interés en un género ciertamente extendido y popular en nuestros días, la novela histórica, y más en concreto, en el periodo de la Antigua Roma, con títulos como *Africanus, el hijo del cónsul* (2006), *Las legiones malditas* (2008), *La traición de Roma* (2009) y *Los asesinos del emperador* (2011). No obstante, su inclinación por la literatura inglesa y su profesión de docente han determinado la que es su última publicación, muy alejada de sus primeros volúmenes, y que lleva un título muy alentador: *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote*. Para los estudiosos y admiradores de la literatura inglesa no resulta difícil intuir la alusión a las circunstancias de la composición de la novela de Mary Shelley. Los que esperen mucho más pueden sentirse decepcionados en este sentido.

Los subtítulos que siguen (decimos bien, porque hay uno en la cubierta y otro más que se descubre en las páginas interiores) aluden al que, más allá de la mención de aquellas célebres novelas, se muestra como el núcleo verdadero de la obra y que reza así: “La vida secreta de los libros (porque los libros tienen otras vidas)”. En efecto, Posteguillo pretende mostrar a través de veinticuatro historias los avatares de ciertas obras literarias, todas ellas muy conocidas y estudiadas (evidentemente, unas más que otras), desde el punto de vista de la inspiración, la composición, la impresión, la ordenación, la autoría, el consumo, la prohibición, es decir, que es una obra que trata el mun-

do de la literatura desde casi todos los ángulos posibles, configurando, si se nos permite la redundancia, un libro sobre los libros.

La idea resulta original y novedosa, al igual que el modo de abordar cada uno de los capítulos, donde el esquema suele mantenerse constante: se plantea una situación, se recrea mediante diálogos creativos entre los personajes implicados guardando un cierto suspense (los escritores evocados aparecen referidos por su nombre de pila, provocando una cierta expectación en el lector, que inconscientemente trata de adivinar a qué libro o autor corresponden esas claves), y, finalmente, se desvela qué conflicto o hecho literario es en realidad el que se ejemplifica mediante esta historia. De este modo se muestra la vida que hay más allá de las páginas de los libros, y se insta además al debate y a la reflexión posterior sobre lo explicado. Por lo tanto, el libro novela la literatura, ficcionalizando hechos, lugares y personas reales (incluyendo al propio Posteguillo, que recuerda en la historia sobre Alice Newton un hecho esencial para su carrera), rumores, teorías sobre libros y consideraciones sobre su origen, desde la biblioteca de Alejandría, que abre la obra, hasta su destino en la era tecnológica, que centra el capítulo final, lo cual le confiere un carácter cíclico que viene a redundar en la noción de “argumento” en el sentido tradicional.

La elección de los temas y dominios revela el interés anglófilo de Posteguillo, ya que la mayoría de estos cuentos conciernen a autores ingleses como Jane Austen, Shakespeare o Dickens, pero también incluye a autores canónicos de otras literaturas como Cervantes, Galdós, Kafka, Dumas, o Saint-Exupéry. Los motivos para la elección de unos en detrimento de otros quedan en el aire. Ni que decir tiene que el relato central es el

que da nombre a la obra, y que pone en paralelo la lectura de *Don Quijote* y la escritura de *Frankenstein* por parte de la hija de William Godwin. Esta y otras historias, como la que atribuye a la autoría de la obras de Shakespeare a Christopher Marlowe, la que reivindica la ciudad literaria de Dublín o la que recuerda la resurrección de Sherlock Holmes, por poner algunos ejemplos, pueden resultar algo manidas para lectores especializados, al igual que sucede con “La prisión”, que concluye de forma grandilocuente que la novela de Cervantes se escribió en una cárcel. Otras se basan en percepciones individuales del escritor, como la reflexión sobre el trazado urbanístico valenciano a la luz de los Premios Nobel.

Es posible, no obstante, que los especialistas puedan encontrar aquí alguna historia desconocida como la curiosa explicación del origen del orden alfabético. La sorpresa y el descubrimiento resulta más que probable en cuanto a lectores comunes, lo que podríamos denominar el gran público, que es a quien puede satisfacer más la obra en su totalidad, y, sobre todo, a los jóvenes, que se sentirán satisfechos con los dibujos que encabezan cada capítulo, y a quienes el autor dirige más de un guiño tratando de desviar su atención desde las populares sagas vampíricas de consumo masivo hacia escritores clásicos que se presentan de un modo novedoso y atractivo para ellos.

Con todo, nos encontramos ante una obra a caballo entre el ensayo y la ficción, que presenta unos contenidos bien cohesionados y de lectura fácil, aunque la heterogeneidad de las historias que lo componen y la brevedad de las mismas, que apenas se desarrollan en cuatro o cinco páginas, (cobrando el matiz de una serie de anécdotas ensartadas sin nexo aparente más allá de su temática libresco y editorial), puede resultar algo des-

alentadora para un lector que espere una intriga completa alentado por un título que tal vez prometa demasiado. Quizás por ello el libro quede relegado a un regalo recurrente en ocasiones especiales o pueda encajar bien como lectura obligatoria para los desmotivados estudiantes de secundaria (no decimos esto en sentido peyorativo, sino apuntando hacia un estímulo lector y, por qué no, didáctico).

De todos modos, es constatable que muchos bibliófilos se han sentido atraídos por esta obrita que recopila y recrea (en el sentido literal de la palabra) el universo literario a través de historias concretas, ya que el libro de Posteguillo, a pesar de distanciarse mucho de sus producciones anteriores, ha entrado con fuerza en el mercado editorial, donde en el momento en que escribo estas líneas apenas existe disponibilidad del mismo. De la trascendencia y perdurabilidad sobre esta nueva orientación de su escritura sólo el tiempo ha de rendir cuentas.

E. BAUTISTA NARANJO

Universidad de Castilla-La Mancha

Agustín Redondo, *En busca del Quijote desde la otra orilla*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011, 286 pp.

De verdadero hito en los estudios cervantinos ha de considerarse la publicación, en 1997, del libro *Otra manera de leer el Quijote*. En él, el profesor Agustín Redondo, emérito ahora en la Universidad de París III, Sorbonne Nouvelle, reunía, convenientemente revisados y unificados, más de veinte trabajos que habían ido viendo la luz en revistas especializadas y volúmenes colectivos. Con ellos ofrecía no sólo nueva luz sobre muy diversos episodios y personajes

del *Quijote* (secciones II y III), sino toda una nueva manera de leer e interpretar la novela cervantina basada en el estudio complementario de tradiciones folklóricas y literarias, el carnaval y la historia, que permitían reconstruir el contexto histórico-cultural que explicara la publicación de un libro tan complejo como el *Quijote*. Se trataba, por otra parte, de una reorientación de los estudios del profesor Redondo, que había dado a la luz varios años antes su espléndida monografía sobre fray Antonio de Guevara. Así lo ha explicado al comienzo del libro de 1997: “Por los años de 1974-1975, después de leer en la Sorbona nuestra tesis de «Doctorado de Estado» sobre Antonio de Guevara, empezamos a interesarnos vivamente por las tradiciones culturales y más directamente por las relaciones [...] entre cultura «popular» y cultura «erudita» de las elites [...] Ello nos empujó a tratar de comprender las características de la cultura «popular». Nos atrajo especialmente el significado que podían cobrar los ritos festivos, entre los cuales las festividades carnales ocupaban un lugar predilecto. Fue entonces cuando descubrimos el sugestivo estudio de Claude Gaignebet sobre el Carnaval, publicado precisamente en 1974, el cual nos llevó a leer, sobre el mismo tema, el documentadísimo libro de Julio Caro Baroja que había salido unos diez años antes. Dando un paso más, conocimos luego el penetrante trabajo de Mijail Bajtín traducido asimismo español por esos años. Este crítico ponía de relieve el papel fundamental desempeñado por la «cultura popular» carnalesca en la elaboración de la obra de Rabelais. Si globalmente aceptamos la orientación de Bajtín, bien nos dábamos cuenta de que, sobre todo a partir del Renacimiento, el Carnaval había ido subiendo los gradas de los palacios y que los fenómenos culturales «populares» y «eruditos»

se presentaban raras veces, en el Siglo de Oro, con una pureza que permitiera aislarlos radicalmente, ya que lo que dominaba era el intercambio, la geminación cultural” (*Otra manera de leer el “Quijote”*, Madrid: Castalia, 1997, pp. 11-13). Tales circunstancias condujeron a su primer y magistral artículo sobre Sancho Panza (“Tradición carnavalesca y creación literaria: del personaje de Sancho al episodio de la Ínsula Barataria en el *Quijote*”, publicado en el *Bulletin Hispanique* [LXXX, 1978, pp. 39-70]). Luego seguirían otros en ese mismo camino sobre Don Quijote (1980), Dulcinea (1983), etc. El libro constituyó un verdadero éxito editorial (ya va por la tercera edición) y fue recibido con general aplauso en la república del cervantismo. Podía dar, sin embargo, la imagen de un libro cerrado en sí mismo, que aportaba nueva luz sobre la novela cervantina, sobre su contexto y naturaleza, sobre sus personajes y episodios, pero que con él ya no había posibilidades de continuar la senda abierta. Antes al contrario: tras la publicación de aquel libro, el profesor Redondo siguió trabajando en el *Quijote*. Recuerdo sus ponencias plenarias en el III y IV congreso internacional de la Asociación de Cervantistas sobre el episodio de Altisidora (1998) y sobre lo acontecido en Barcelona (2001). En ellos se notaba aún muy claramente la influencia del volumen de 1997: podían perfectamente haberse incorporado a él en caso de haberse escrito antes, pero ya atisbaban algunos elementos nuevos que se pudieron observar claramente en el trabajo que abre el volumen que ahora reseño: publicado inicialmente en el homenaje a otro insigne cervantista, Isaías Lerner, en 2001, y republicado -con modificaciones- en 2006, el capítulo dedicado al paratexto (portada y prólogo) dejaba entrever cómo el investigador, manejando los mismos

mimbres de su libro cervantino previo, incorporaba otros y los ensamblaba con precisión: historia del libro, tratados médicos de la época, historia cultural y de la lectura. Y, además, como en él es habitual, el estudio del detalle le permitía llegar a conclusiones de gran calado, siguiendo así el método de los grandes filólogos: él invoca al comienzo de sus páginas a Marcel Bataillon; de esta manera, Redondo se inserta en una tradición de estudio, al tiempo que él mismo reflexiona y ejemplifica su *modus operandi*. Es lo que pedía otro gran filólogo, Leo Spitzer, cuyas palabras quiero recordar ahora. Unos pocos años antes de morir, en 1955, publicaba en Madrid un volumen de decisiva importancia en el campo de la literatura española: *Lingüística e historia literaria*. Este libro, constituido por diversos trabajos, algunos de ellos publicados con anterioridad, incorpora capítulos sobre, por ejemplo, el Arcipreste de Hita, el perspectivismo lingüístico del *Quijote* o la poesía de Pedro Salinas, que son referencia y lectura obligadas para el interesado en esos temas. A su inicio, en el capítulo primero (“Lingüística e historia literaria”, pp. 7-63) explicaba con detalle cuál era su método de investigación, a la par que aconsejaba “a todo profesional de las letras entrado ya en años, que diese a conocer al público las experiencias básicas subyacentes a su método, a su (valga la expresión) ‘Mein Kampf’... sin connotaciones dictatoriales, por supuesto” (Leo Spitzer, *Lingüística e historia literaria*, Madrid: Gredos, 1955, p. 9). Algo de esto ya había hecho el profesor Redondo en otro libro publicado entre estos dos cervantinos: *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2007).

En busca del Quijote desde otra orilla, es verdadera *summa* del quehacer aca-

démico e investigador del profesor Redondo. El lector interesado encontrará en él los trabajos antes mencionados a los que hay que sumar una decena más, casi todos publicados previamente en torno al centenario quijotesco de 2005. Se ordenan en tres secciones, de lo general a lo particular, siguiendo un esquema muy parecido al del libro publicado en 1997. En la primera sección se encontrarán trabajos que iluminan aspectos generales del *Quijote*: su base paródica (I, 1), avanzada desde la portada y prólogo, pero que alcanza una dimensión mucho mayor: “un verdadero programa de lectura” en el que “la orientación festiva y paródica del texto no puede sino imponérsele al receptor, también se halla conducido «descifrar» dicho texto porque las burlas permiten expresar muchas significativas veras. Así se encuentra delineada toda la trayectoria del libro, la cual implica, al mismo tiempo, una participación activa del lector” (p. 29); el concepto –muy novedoso en torno a 1600– de libro de entretenimiento (I,2), que conduce a la novela moderna (p. 62); algunas de las tradiciones –literarias, orales– que están detrás del libro (en este caso, la materia de Bretaña [I, 3]); y una nueva revisión del humorismo del *Quijote*, donde conviven comicidad y patetismo gracias al carácter reversible de los protagonistas, lo que lleva a su vez a una constante puesta en tela de juicio de las verdades más comunes (pp. 100-101).

La segunda sección se ocupa de distintos motivos del texto y de cómo en buena parte de ellos Cervantes invierte los códigos habituales: los amores burlescos, el travestismo, los tópicos e ideas en torno a barbas y barberos. Se cierra esta sección con una nueva relectura del personaje de don Quijote, que se hace necesario poner en relación con el capítulo dedicado al mismo asunto en el libro de 1997: si en este se ocupaba de sus orígenes y de las

tradiciones que lo explicaban, en el de 2011 ahonda en la cuestión de su comicidad: es un personaje ridículo, que causa la risa en diversas ocasiones, pero ¿es un personaje gracioso? Pocas veces a sabiendas, siempre como consecuencia de su locura.

El volumen se cierra con la tercera sección dedicada por entero al estudio de episodios de la novela: las dos veces que don Quijote se sirve de un asno para cabalgar (I, 5 y 15), el bálsamo de Fierabrás (I, 10, 15, 17 y 18); la historia de Leandra, Vicente de la Roca y Eugenio (I, 50-51); una parte de hechos acontecidos en Barcelona (II, 61-62) y el episodio de Altisidora (II, 44, 46, 48, 57, 69 y 70). En todos ellos se aúnan el rigor en la exposición, la abundancia de materiales y recursos empleados y la novedad de las lecturas propuestas.

Publicado con el habitual buen hacer editorial del alcaláino Centro de Estudios Cervantinos (este tomo hace el vigésimo octavo de su prestigiosa Biblioteca de Estudios Cervantinos), constituye el segundo eslabón del quehacer cervantista de su autor; aún queda, al menos, un tercero, acaso más breve, pero no menos interesante: aquel en que se reúnan los trabajos dedicados al *Persiles*, a las *Novelas ejemplares* y temas afines. Y otro más sobre Sancho que quizás pudiera haberse incorporado en este volumen de 2011 (“En torno a dos personajes festivos: el shakesperiano Falstaff y el cervantino Sancho Panza”, Zenón-Luis Martínez y Luis Gómez Canseco, eds., *Entre Cervantes y Shakespeare: Sendas del Renacimiento*, Newark, DE: Juan de la Cuesta Hispanic Monograph, 2006, pp. 161-182). Todo se andará, seguro, pues me resisto a pensar en don Agustín sin un Cervantes entre las manos para estudiarlo con el rigor y la novedad con que nos tiene acostumbrados. Saludo, pues,

con efusión este nuevo libro cervantino del profesor Redondo y recomendando muy encarecidamente su lectura.

JOSÉ MONTERO REGUERA
Universidad de Vigo

Carmen Rivero Iglesias, *La recepción e interpretación del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*, Argamasilla de Alba (Ciudad Real), Ayuntamiento de Argamasilla de Alba, 2011, 422 pp.

La investigadora justifica la elección de su tema basándose en el vacío existente en la interpretación del *Quijote* en el siglo XVIII alemán, si bien alude al hecho de que los escritos que había hasta ese momento se dedicaban o a esa centuria pero a toda Europa o bien abarcaban un periodo mucho más amplio y llegaban incluso hasta el siglo XX. Esta obra nos ofrece un documentado estudio de la interpretación de la obra cervantina ya que, para la autora, el siglo XVIII es en el que se fragua su cambio interpretativo. El dieciocho alemán es un periodo rico culturalmente hablando en el que confluyen dos corrientes literarias junto con la Ilustración: la *Empfindsamkeit* y el *Sturm und Drang*. Esto va a propiciar, según la investigadora, el enriquecimiento de la obra cervantina, por lo que el objetivo de Carmen Rivero es dar a conocer las causas del cambio en la forma de leer *El Quijote* cuyo punto álgido se aprecia de forma más plausible en el siglo XIX. Asimismo, la autora aborda el estudio de forma conjunta de la recepción del *Quijote* en la literatura alemana de este siglo.

Las fuentes bibliográficas que han constituido la columna vertebral de este trabajo son de carácter primario: relatos de viajes, artículos de prensa periódica de difusión cultural, capítulos de libros,

obras de carácter filosófico, así como traducciones del *Quijote* a la lengua alemana, entre otras.

Rivero articula su trabajo en diferentes puntos. En la introducción hace una declaración de objetivos, justifica su trabajo y señala los bloques temáticos en los que ha dividido su monografía.

En el segundo capítulo del trabajo aborda el contexto histórico que favorece el cambio interpretativo de la obra cervantina en Alemania. Para ello, la autora resalta la evolución de la imagen de España a lo largo del tiempo, que va a estar impregnada por los acontecimientos que se desarrollaron desde tiempos de Carlos V hasta el siglo XVIII. España se convierte en una potencia mundial durante el reinado de Felipe II y eso hace que se despierten todo tipo de recelos hacia la hegemonía española. Su imagen negativa empieza a circular como la pólvora y se centra fundamentalmente en la crueldad del ejército español, sus ansias de poder, el despotismo y la esclavitud de su organización política interna. En el siglo XVIII, España ha perdido todo su poder y sirve de burla a los países que se disputan el poder de Europa: Inglaterra y Francia. España ya no es aquel país poderoso que hacía temblar a sus enemigos, sino que está sumido en el atraso y ya no ofrece ningún tipo de interés. La recepción de la obra cervantina va a ir pareja a la de la imagen de España, ya que pasará de ser mera sátira de los males que aquejan a los españoles a convertirse en una obra de la literatura universal.

Carmen Rivero ha podido demostrar a través de la literatura de viajes que, a medida que avanza el siglo XVIII, la imagen de España, antaño negativa, se convierte en positiva. Atrás queda la hispanofobia fundamentada en la conquista de América y la Inquisición. La animadversión que sienten los franceses y que será plasmada

en sus relatos de viajes empezará a ser vista a lo largo de este siglo con ojos críticos por la nación alemana. Las cualidades de los españoles que durante las dos últimas centurias habían sido vistas como negativas se convertirán en positivas antes de la llegada del siglo XIX. El orgullo y el patriotismo serán rasgos buscados por los alemanes en su tan anhelado proceso de consolidación nacional por lo que muchas voces se alzarán en Alemania que soliciten la traducción de obras españolas para favorecer así el intercambio cultural entre ambos países.

El tercer capítulo titulado *Literatura* aborda el tema de la rivalidad entre España y Francia y que se plasmaba en los debates literarios de la época. Además de eso, se resalta la influencia que tiene Francia en la vida cultural de la Alemania de aquel entonces. A medida que avanza el siglo XVIII el modelo francés va a ser sustituido por el inglés y la imagen de España y de su literatura cambiará a una visión más exótica.

Dentro de este apartado ya encontramos una mención especial a la recepción del Quijote en Alemania. La primera traducción de la obra es de 1613 y será gracias a la adaptación de Martin Opitz. Este era partidario de que la literatura alemana bebiera de las fuentes francesas por lo que la imagen del *Quijote* que va a transmitir será la de un simple loco objeto de burlas. Durante el siglo XVII la obra va a tener una escasa presencia en la literatura alemana y no va a ser vista como una obra maestra. Se asociará a la novela picaresca (género que sí había conseguido influir de manera muy importante en Alemania) y a la novela de caballerías. En el siglo XVIII vamos a encontrar dos visiones antagónicas del *Quijote*, si bien ambas lo van a elevar al estatuto de obra maestra. Gottsched, uno de los máximos exponentes del clasicis-

mo francés, se centra en la interpretación francesa, es decir, verá al *Quijote* como una novela de caballerías y como una sátira contra el fanatismo de la España imperialista. Para él, la novela será una obra fundamental por su carácter satírico. El polo opuesto a Gottsched lo constituye Bodmer, que se mostrará partidario, junto a un nutrido grupo de intelectuales, de abogar por el modelo inglés que estaba irrumpiendo con fuerza en el mundo cultural del momento. Para el suizo, el *Quijote* representa el carácter pasional de la nación española. Al igual que Gottsched, ve como propósito primordial de la novela la sátira pero, al contrario de este considera que la obra es superada por la caracterización del personaje de don Quijote, ya que aún en sí mismo la locura y la cordura.

En el último subcapítulo de este apartado que está intrínsecamente relacionado con lo anterior, Rivero explica la conversión de Cervantes como un clásico entre los modernos. En este siglo se produce una revalorización de la cultura española en contra de todo lo francés y eso hará que la obra cervantina alcance el estatuto de clásico universal. Además de eso, hay que señalar el papel tan importante que desempeñó la literatura inglesa, que bebió directamente de las fuentes cervantinas.

El cuarto capítulo lleva por título *Filosofía* y está, a su vez, dividido en dos capítulos con sus correspondientes. El primer punto que se aborda en este apartado es el humor. Dos hechos llevan a que el *Quijote* sea visto como un clásico universal: el primer motivo es de índole filosófica, puesto que la filosofía quiso ver en la obra el código ético que quería transmitir; el segundo es de carácter estético, ya que se pone como ejemplo el humor que destila la obra como método

más eficaz entre el desequilibrio de la razón y la pasión.

A lo largo de todo el siglo XVIII se mantendrá la controversia en torno a la utilización del humor como criterio estético. Rivero hace un recorrido por las opiniones de Leibniz, Shaftesbury y Lessing, entre otros. Gracias al inglés Shaftesbury, la concepción del humor del *Quijote* cambiará y poseerá una dimensión estética y ética totalmente opuesta a la concepción de la obra como una mera sátira.

El otro aspecto que analiza Carmen Rivero en este apartado, como ya se ha mencionado, es el de la aparición de la figura del genio, hecho que se hace propicio gracias a la exaltación del individualismo propio de la época. En el siglo XVIII germano se debatirán una serie de ideas acerca del genio: ¿calidad innata o adquirida?; ¿*inventio* o *imitatio*?; ¿pasional o intelectual?; ¿aplicable a las ciencias y las artes o sólo aplicable a las artes?; ¿epistemológico o no epistemológico?; la inspiración y el genio; la actividad del genio; la originalidad, lo sublime y el nuevo canon estético. Todos estos debates se enmarcan dentro de un contexto claro y es que la literatura alemana se estaba conformando como tal en este siglo. Para los racionalistas a cuya cabeza encontramos a Wieland o Merck, la irracionalidad que destila el *Quijote* no debería ser tomada como un modelo. Sin embargo, este movimiento se verá

reemplazado por el Romanticismo del siglo XIX.

El quinto capítulo está dedicado a la novela como género literario. La novela experimenta un gran apogeo en el siglo XVIII europeo y esto beneficiará al *Quijote*, ya que se convertirá en un clásico universal. La evolución de la novela va a tener muy en cuenta esta obra cervantina, puesto que la teoría de este género va a sentar sus bases en ella y Cervantes se convertirá en el autor más imitado de la centuria. Según Rivero, en el dieciocho se pueden apreciar dos visiones encontradas acerca de la novela: una que considera al género como algo nocivo, otra que ve la novela como una plataforma notable para la transmisión de ideas. Los partidarios de esta última acudirán al *Quijote* para dignificar el género. Por lo tanto, la influencia que ejercerá la novela será evidente, como se puede observar en una amplia selección de obras que la investigadora apunta.

Las conclusiones de esta monografía que nos ha guiado a lo largo de la historia, la literatura y la filosofía subrayan el hecho de que durante el siglo XVIII alemán se gesta la nueva interpretación idealista del *Quijote* que heredará el Romanticismo con posterioridad.

MÓNICA MARTÍN ÁLVAREZ
Universidad Alfonso X El Sabio